

RUA SALÓN



LE FORÊT

LA BELLEZA DE LO IMPERFECTO

s'nthesi | blue

La mejor opción para tu próximo proyecto.

Interruptores y enchufes
diseñados y fabricados
en Chile.



Todos nuestros soportes están
fabricados con nylon de redes
de pesca de la Patagonia chilena.



150 toneladas de plástico
reciclado a la fecha. (45t de
nylon de redes de pesca).

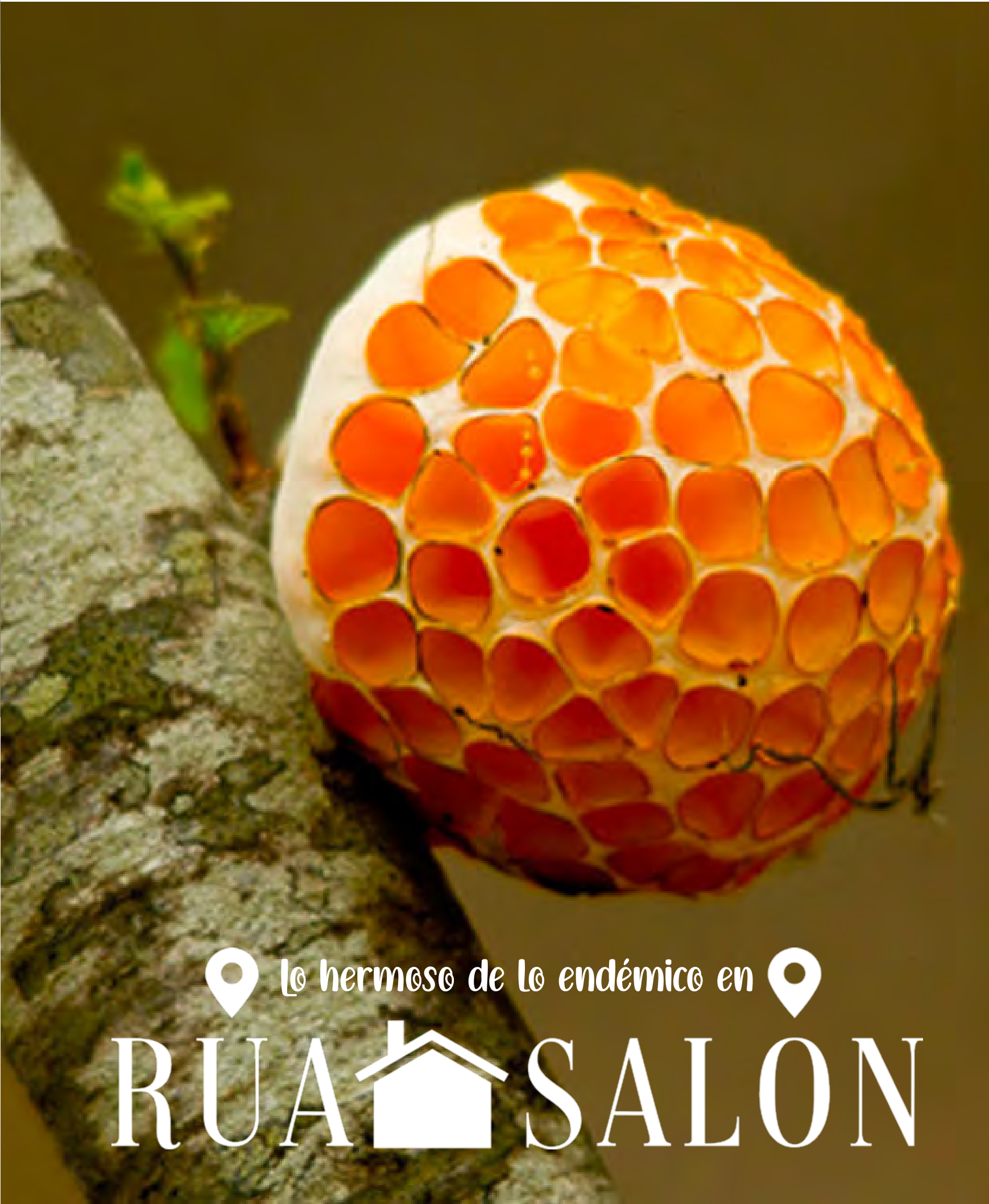


biosistemas

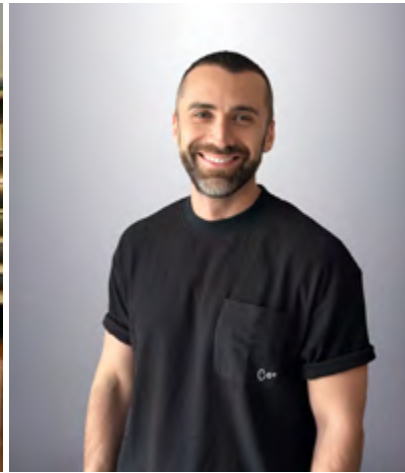
Nuestras bolsas de embalaje
son biodegradables, hechas a
base de materiales orgánicos.



Llevamos plantados más
de 700 árboles junto a la
fundación Reforestamos.



📍 lo hermoso de lo endémico en 📍
RUA  SALÓN



SUMARIO

REPORTAJE	
LE FORÊT	06
LA BELLEZA DE LO IMPERFECTO	
INTERIORISMO	
IVÁN HURTADO	14
EL INTÉRPRETE	
ARQUITECTURA	
PUNTO MEDIO ARQUITECTOS	30
HABITAR CON COHERENCIA	
REPORTAJE	
LA MAGIA DE HABITARSE	36
LA VIDA INTERIOR SEGÚN BELÉN BRIONES	
REPORTAJE	
VICTORIA CAMPINO, ILUMINADORA	42
EL ARTE DE LO INVISIBLE	
REPORTAJE	
PAZ & DECO	48
EL DISEÑO INTERIOR COMO REFUGIO, ENERGÍA Y DESPERTAR	
REPORTAJE	
CUSTA	54
DISEÑAR CON LA VISTA Y LAS MANOS EN EL FUTURO	
DISEÑO DE AUTOR	
MONO DESIGN	60
PIEZAS QUE HABLAN EN VOZ ALTA	
INTERIORISMO	
ROSITA ECHEVERRÍA	66
CALIDEZ HECHA ESPACIO	
ARTE	
SOLE CORREA	72
LA CERAMISTA DEL SILENCIO	
INTERIORISMO	
CASA COLOR	78
POR FRANCISCA CRISTI HOME ASSET	



DIRECTORA GENERAL

María Ignacia Drápela

EDITOR GENERAL:

Cristopher Schmidlin

VENTAS Y MARKETING

María Ignacia Drápela | Verónica Soto



San Pedro de la Paz, Chile, 2025

www.ruasalon.cl
contacto@ruasalon.cl
#9 65781747



LE FORÊT

LA BELLEZA DE
LO IMPERFECTO

Hay objetos que parecen nacer para acompañarnos. No se imponen, no brillan por lo nuevo. Solo se instalan con calma y comienzan a hacer lo suyo: sostener la vida, guardar lo importante, transformar un espacio en hogar. Así es Le Forêt, una firma de mobiliario rústico y contemporáneo fundada por Cristóbal Mekis, que desde su inicio ha mantenido un compromiso inquebrantable con la belleza de lo imperfecto, el oficio hecho a mano y la madera recuperada que guarda historias.

Sus muebles no siguen tendencias. Responden, más bien, a un modo de ver: un lenguaje silencioso, sereno, profundamente chileno. Porque cada mesa, cada silla, cada velador, no solo ha sido diseñada para durar. Ha sido construida con tiempo, con intención y con una materia que ya conoció otras vidas.

Le Forêt se mueve entre el arte y el oficio, entre la memoria del material y el presente del habitar.

"Me llamo Cristóbal y soy el creador de Le Forêt, un proyecto que nació del amor por la madera, los objetos con historia y la decoración con alma".

Así comienza todo. Con una frase sencilla, dicha sin pretensión. Pero dentro de esas pocas palabras se condensa el espíritu de una firma que, en apenas unos años, se ha posicionado como un referente en el diseño artesanal chileno. Una marca que no grita, pero resuena. Que no sigue modas, pero marca presencia. Le Forêt es eso: auténtico, contemporáneo, rústico.

UN OFICIO ÍNTIMO

Le Forêt nace como un gesto personal. Un cambio de casa, la necesidad de llenar espacios con sentido y el descubrimiento de que el diseño puede ser, ante todo, un acto de cuidado. "Partimos hace poco más de dos años con la idea de darle nueva vida a maderas antiguas y crear muebles únicos, rústicos y con carácter. Detrás de cada uno hay mucho oficio, paciencia y pasión", dice Cristóbal.

Lo que comenzó con algunas piezas hechas para sí mismo fue tomando forma hasta convertirse en un taller boutique que no solo fabrica muebles, sino que construye una visión. "Es un trabajo muy artesanal, donde cada pieza se diseña a medida y con mucha dedicación. Y eso, creo, se nota en el resultado".



ESCUCHAR LA MADERA

La historia de cada mueble comienza mucho antes del primer boceto. El corazón de Le Forêt es la madera. No cualquier madera: aquella que ya tuvo una vida. Vigas centenarias, portones en desuso, tablas rescatadas de galpones, cercos, estaciones o casas antiguas del sur de Chile. Materiales con cicatrices visibles, marcas, vetas profundas.

El proceso comienza en la búsqueda. Cristóbal viaja al sur del país en su tráiler, sin itinerario preciso, conversando con vecinos, explorando patios olvidados, decodificando silencios.

“No hay muebles sin madera, y no hay madera sin historia. Lo que más me toma tiempo no es fabricar ni diseñar, sino buscar. Salgo a carretera, converso con gente que lleva años acumulando trozos de su vida en forma de tablas. A veces encuentro una partida que me emociona, porque sé que de ahí puede salir algo especial”.

Principalmente trabaja con roble, una madera que resiste el clima y los años con nobleza. Con el tiempo, adquiere tonos grisáceos, texturas profundas, imperfecciones hermosas. No se lija para borrar lo vivido; se trabaja para realzar lo que el tiempo escribió sobre ella.

“Muchas veces estas maderas tienen más de 100 años y vienen con heridas que no queremos esconder, sino resaltar. Cada veta, una memoria. Cada cicatriz, una belleza que no se oculta”.



DISEÑAR CON Y DESDE LA MATERIA

Cristóbal no dibuja desde la idea, sino desde la materia misma. Su proceso parte muchas veces al revés: encuentra una tabla con una veta única, con una curvatura inesperada, y se pregunta qué podría surgir de ella. A veces es una silla. A veces, una cómoda. Otras, una mesa de comedor que cruzará generaciones.

“No hago muchos modelos. Trabajo con lo que hay, con lo que aparece. Algunas piezas las repito, pero ninguna es igual a otra. Eso es lo que me gusta: que cada mueble tenga algo que lo haga distinto”.

Entre las piezas más reconocidas están la mesa de centro Ámbar, fabricada con tablas de roble rústico y semi rústico, la cómoda Amae, un hermoso mueble tipo buffet de roble antiguo con puertas o cajones y también las distintas mesas modelo Bagus, talladas a mano y fabricadas en versiones ovalada, circular o rectangular y que han sido elegidas por arquitectos y decoradores para dar vida a diseños de ensueño.

No hay ornamento superfluo en sus piezas. Todo lo que está, tiene sentido. Y todo lo que sobra, se elimina.

“La estética de Le Forêt se nutre de la filosofía japonesa wabi-sabi, esa que celebra lo irregular, lo simple, lo auténtico. Aquí no se trata de ocultar el tiempo, sino de honrarlo”.

“Lo imperfecto también es perfecto cuando viene de la naturaleza”, dice Cristóbal. Y en cada uno de sus muebles se percibe esa fidelidad.



HECHO EN CHILE | HECHO A MANO

El trabajo en Le Forêt es artesanal en todas sus etapas. Desde la selección de la madera hasta el último acabado. Es un proceso pausado, manual, exigente. Cristóbal colabora con un pequeño grupo de maestros mueblistas: hombres de manos curtidas y experiencia silenciosa. Juntos transforman madera recuperada en objetos cotidianos, útiles y duraderos.

“El trabajo con mis maestros es clave. Yo llego con ideas, con medidas, con dibujos a mano. Pero ellos resuelven, ajustan, recomiendan. Saben de estructura, de resistencia, de cómo tratar cada tipo de madera. Es una conversación entre generaciones. Lo cierto es que nos une mucho más que la madera. Con el tiempo nos hemos hecho amigos, compartimos risas, historias y un cariño que se nota en cada mueble. Son un pilar inmenso en este taller, y me emociona saber que juntos damos vida a cada proyecto de Le Forêt.”

El ritmo es deliberadamente lento. No hay urgencias ni series grandes. Cada encargo se trabaja con el mismo cuidado, ya sea una mesa de dos metros o un pequeño arrimo. Y ese respeto por los tiempos se traslada también a la atención: Cristóbal recibe personalmente cada pedido, conversa con los clientes, sugiere, adapta.

“Me gusta cuando alguien me cuenta cómo vive. Ahí empieza el diseño. Estoy presente en todo: diseño, atención a clientes, despachos, redes sociales, showroom... ¡todo! Es un proyecto muy personal, y eso también se nota. En ocasiones tardo en ciertas cosas, como cotizaciones o respuestas... hacer todo no es fácil- dice Cristóbal entre risas- Muchos clientes creen que es una tienda mucho más grande de lo que realmente es”.

La mayoría de los encargos son personalizados: personas que llegan con una idea vaga, una medida específica, una sensación.



“Nos especializamos en muebles a medida, diseñados según las necesidades y gustos del cliente. Es un proceso muy colaborativo, donde el cliente también se involucra, y eso lo hace más especial”.

EL CUIDADO ESTÁ EN LOS DETALLES

El showroom de Le Forêt es una extensión natural del proyecto. Compartido con su pareja, la artista visual Paz Vicuña Porzio, es un espacio íntimo, lleno de textura, arte botánico, cerámicas antiguas, iluminación cuidada y muebles hechos con calma.

“Lo armamos con mucho cariño. Paz da clases de acuarela a diario en este lugar y nuestros trabajos se complementan. Perfecto. Con Le Forêt Atendemos sólo con reserva, para que la experiencia sea más personalizada y tranquila. Paz aporta una sensibilidad que cruza todo lo que hacemos”.

En las fotografías que Cristóbal publica —todas tomadas por él— se percibe esa atmósfera pausada: luz natural, composiciones mínimas, detalles que hablan sin necesidad de palabras. En algunas aparece Paz, sirviendo té o cerrando un cajón. No hay filtros agresivos ni puestas en escena forzadas. Solo escenas reales: un florero, una taza, un plato hondo sobre la mesa.

“Paz no solo está al lado mío. Está dentro de todo esto. Sus cuadros, sus gestos, su manera de mirar. Nos complementamos en lo visual. Compartimos el espacio, la mirada, el ritmo”.





UNA PIEZA, UNA HISTORIA

Hay muebles que llegan a casas nuevas. Otros, a hoteles, tiendas, cafés. Pero todos conservan el sello: madera chilena, hecha a mano, historia visible. Cristóbal recuerda especialmente una mesa encargada por una pareja que quería una pieza “para toda la vida”. Eligieron las tablas juntos, se tomaron medidas precisas, pensaron en cuántos nietos cabrían a la vuelta de los años.

“No es solo un mueble. Es un lugar donde van a pasar cosas. Donde va a haber vida. Por eso me importa tanto que sea el adecuado”.

Ese tipo de relato se repite en muchas entregas. Gente que llega buscando algo con carácter, algo que no haya salido de una tienda de retail. Porque lo que Le Forêt ofrece no es diseño de autor como categoría de lujo. Es artesanía pensada, viva, profundamente humana.

Cada objeto tiene algo de ritual. Una mesa sobre la que se come, se conversa, se espera. Una silla que acompaña el silencio. Un velador que guarda la intimidad de una lámpara encendida al anochecer.

No es solo decoración. Es una forma de estar. Y quizás por eso, quienes llegan a Le Forêt no buscan lo perfecto. Buscan lo que vibra. Lo que fue. Lo que aún tiene algo por contar.

UNA FORMA DE HABITAR

La expansión no es parte del plan. Cristóbal prefiere mantener una escala pequeña, el control cercano, el estándar alto. No hay apuro por crecer.

“No me interesa tener una tienda enorme. Me interesa que cada cosa que salga de acá esté bien hecha. Que tenga sentido. Que represente lo que somos”.

Por eso, Le Forêt es una marca hecha de convicciones: rústica y auténtica, hecha en Chile, con materiales que ya vivieron y manos que saben. Una propuesta que no busca gritar, sino resonar.

Sus muebles nos reconectan con lo esencial. No imitan lo perfecto; abrazan lo real. No se imponen en una casa, sino que forman parte de ella. No se trata solo de diseño, sino de tiempo, cuidado e historia. Es la memoria de la madera transformada en compañía. Y eso —en este mundo veloz— es una rareza que vale la pena tener cerca.

“Me motiva seguir creando piezas con alma, colaborar con otros artistas y ojalá llegar a más hogares que valoren lo natural, lo imperfecto y lo honesto”, agrega Mekis.

Más allá del mueble, Le Forêt propone una forma de mirar y habitar. Una estética vinculada con la lentitud, el origen, lo esencial.

“Usar madera recuperada no solo tiene un valor estético, sino también ecológico: reutilizamos recursos, evitamos el desperdicio y promovemos un consumo más consciente”.

En tiempos donde todo parece diseñado para desecharse, Le Forêt recuerda que existe otra manera de habitar, una más sensible, más sincera. No se trata solo de llenar un espacio, sino de darle sentido.

Un arrimo en la entrada puede transformar la llegada a casa. Una silla bien hecha puede invitar al descanso. Una mesa con historia puede ser el lugar donde la vida ocurre.

Le Forêt no ofrece tendencias, ofrece presencia. No fabrica objetos, propone vínculos. Muebles pensados para durar, pero también para conmover.

Y quizá por eso, al mirar uno de ellos, uno no piensa tanto en qué estilo tiene, sino en dónde lo pondría, con qué lo acompañaría, cómo sería el momento de abrir la puerta y verlo allí.

Porque hay cosas que no se eligen solo por funcionalidad, sino por emoción. Y en ese cruce —entre lo que es útil y lo que es bello— es donde Le Forêt encuentra su forma de hablar y habitar.







EL INTÉRPRETE

IVÁN HURTADO

ARQUITECTO DE PROFESIÓN Y DISEÑADOR DE INTERIORES POR NECESIDAD VITAL, IVÁN HURTADO HA CONSTRUÍDO UNA PRÁCTICA DONDE LO TÉCNICO SE FUNDE CON LO ÍNTIMO, Y DONDE CADA DECISIÓN —POR MÍNIMA QUE SEA— BUSCA CUIDAR LO COTIDIANO. CON MATERIALES NOBLES, GEOMETRÍA CONTENIDA Y UNA ESCUCHA ATENTA, ESTE PROFESIONAL DISEÑA INTERIORES QUE NO IMPONEN: ACOMPAÑAN, CONTIENEN Y PERMITEN HABITAR CON CALMA. EN EL TRABAJO DE IVÁN NO HAY EFECTOS NI EXCESOS: HAY DECISIONES. CADA PROYECTO SE LEVANTA DESDE LA ARQUITECTURA, SE PIENSA DESDE LA ATMÓSFERA, Y SE ENTREGA CON LA PRECISIÓN DE QUIEN CUIDA LO ESENCIAL.

A veces basta una luz tenue, el trazo de una línea clara o la textura de un lino crudo para descubrir que el interior de un espacio también puede ser una extensión del alma. Iván Hurtado lo sabe desde siempre. Desde que, a los ocho años, ordenaba muebles, combinaba colores y reconocía en cada textura una oportunidad de expresión. Lo suyo no fue un camino forzado ni un plan maestro: fue una vocación silenciosa que se reveló entre capas de geometría, estética y sentido.

Arquitecto de formación, interiorista por instinto y creador en búsqueda constante, Iván ha construido una obra que desafía los moldes. Lejos de imponer un sello, abraza la figura del intérprete: alguien que, como un director de orquesta invisible, armoniza las voces de quienes habitan el espacio. “No me interesa tanto dejar mi huella, sino más bien traducir lo que el cliente necesita, con claridad, con equilibrio, con emoción”, dice. Y lo logra. Cada proyecto es una conversación materializada; una traducción precisa de lo íntimo, lo cotidiano, lo posible.

Desde su trabajo en WOM liderando el diseño de tiendas a nivel nacional, hasta sus intervenciones personales en departamentos y casas, Iván despliega un estilo en constante movimiento: “más clásico que moderno, más nórdico que tropical, más geométrico que orgánico, pero nunca rígido”, describe. Su universo es un cruce entre Le Corbusier y el dise-

ño español, entre lo cálido del lino y la sobriedad de la madera oscura, entre la luz natural y la posibilidad de la penumbra.

Este es su recorrido. Sus búsquedas. Y sus espacios.

ORIGEN ESPONTÁNEO

“Yo creo que desde chico siempre me gustó más el interiorismo que la arquitectura”, confiesa. Aunque estudió en la Universidad del Desarrollo en Concepción —ciudad donde vivió dos décadas—, sus verdaderas influencias no vinieron de la academia.

“Estuve como ocho o nueve años en Concepción después de salir de la universidad. Trabajé en la Seremi de Vivienda, fue mi primera experiencia en el sector público”, recuerda.

Ese paso por lo público no fue anecdótico. Lo obligó a enfrentarse a proyectos de otra escala, con tiempos largos y estructuras rígidas. “Ahí aprendí a mirar los espacios de forma más estructural. A pensar no solo en el objeto, sino en lo que lo contiene”, dice. Quizás por eso, incluso hoy, cada uno de sus proyectos de interiorismo parte con un gesto arquitectónico: un eje, una lógica, una secuencia que organiza lo demás.

Con el tiempo, volvió a Santiago. Y aunque ya no trabaja en el Estado, su rol como jefe del área de arquitectura de WOM lo mantiene cerca de otra forma de sistema. “Me encargo del diseño y habilitación de tiendas a nivel nacional.

Es súper distinto a lo que hago como interiorista, pero a la vez me ha dado herramientas clave: entender los procesos, coordinar equipos, manejar proveedores, resolver rápido”.

Esa doble vida —entre lo corporativo y lo íntimo— no genera conflicto. Al contrario: permite que su trabajo personal gane precisión. “Gracias a ese mundo más técnico, puedo ser más eficiente cuando diseño para alguien. Sé cómo aterrizar una idea. Y también sé cuándo algo simplemente no vale la pena”.

Sin embargo, como anticipamos su 'ejercer' y gustos tienen una larga historia.

"Lo mío es muy natural, muy espontáneo. No hay un estudio formal del diseño interior. Lo he ido desarrollando desde la observación, desde lo que me provoca.”

Ese impulso creativo surgió de la sensibilidad por el orden, cultivada en su casa familiar. “En mi casa todo tenía que estar ordenado, todo tenía que funcionar. Y eso me enseñó a entender los espacios. A reconocer lo que se siente cuando algo está bien dispuesto, bien resuelto.”

Con el tiempo, fue afinando esa intuición con las herramientas de la arquitectura. Y aunque nunca sintió un amor apasionado por la construcción, encontró en la escala más íntima —la del habitar cotidiano— un territorio fértil para diseñar con sentido.





LA ARQUITECTURA COMO CONTENCIÓN

Iván no parte desde lo decorativo. Sus proyectos no son una sumatoria de objetos bonitos. Cada intervención —aunque sea pequeña, incluso cuando es solo una asesoría— parte con una estructura clara, con lo que él llama un “partido general”. Un mapa conceptual que guía las decisiones sin dejar que el azar lo dicte todo.

“Yo levanto una estructura. Aunque sea invisible. Eso me lo dio la arquitectura. Me interesa más armar un sistema que decorar un lugar”, explica. Esa estructura no es rígida, pero sí sólida. Está pensada para que el cliente pueda moverse dentro de ella con libertad, sin desorden.

Esa contención se nota también en lo visual. Sus espacios suelen trabajar con tramas ortogonales, con proporciones muy meditadas, con una geometría que ordena sin oprimir. No hay curvas innecesarias. No hay efectos. Hay ritmo, hay pausa, hay una claridad casi gráfica.

Pero lejos de volverse fría, esa claridad genera una sensación de calma. De habitar un lugar que cuida. Como si cada línea estuviera ahí para sostener algo más profundo que el diseño mismo: la vida diaria de quien lo va a vivir.

En este sentido, la arquitectura, para Iván, es una estructura. Un esqueleto que sostiene la emoción del diseño interior. “Siempre he estado más cerca del proyecto chico que de la gran obra. Me interesa cómo vive la gente. Cómo se mueve en su casa. Qué necesita.”

Ese enfoque lo ha llevado a especializarse en espacios reducidos, principalmente departamentos entre 70 y 100 metros cuadrados, en los que interviene desde la raíz. “No se trata solo de decorar, sino de fundar un relato. Un proyecto bien hecho es como una historia: tiene un trazado, unos pilares, una lógica interna.”

Iván comienza sus procesos con una lectura profunda del cliente. Escucha. Interpreta. Y luego propone una estructura desde la cual todo lo demás se despliega: materiales,

color, iluminación, muebles. “Hay algo muy intuitivo, pero también muy metódico. Trato de armar una base clara, y dejar que el cliente la habite con su propia energía. No me interesa que el resultado se vea como un showroom perfecto. Prefiero que esté ‘semiarmado’, que la vida lo complete.”

El trabajo de Iván comienza con una escucha. No con un render, ni con un catálogo de estilos. Escuchar, para él, es mucho más que una cortesía: es una metodología. “Me interesa saber cómo vive la persona, cómo se mueve en su casa, qué le molesta, qué le incomoda, qué le hace bien”, dice.

Más que diseñador, actúa como intérprete. No desde la complacencia, sino desde una profunda convicción de que el espacio debe reflejar a quien lo habita. “No quiero imponer mi sello. Me gusta construir algo con el cliente, no para el cliente”.

Esa sensibilidad se refleja también en la forma en que enfrenta los encargos. Muchas veces el proceso comienza con

una conversación larga, sin planos de por medio, donde se van revelando claves emocionales que luego se traducen en decisiones materiales. “A veces el cliente ni siquiera sabe lo que necesita. Solo sabe que el lugar no le acomoda. Y ahí entro yo, a leer lo que todavía no se ha dicho”.

En su método, hay espacio para ajustes. “Trabajo con etapas. Primero levanto un trazado, una propuesta general. Luego afino. Y muchas veces el diseño final es muy distinto al inicial. Pero siempre parte de algo muy estructurado”. También ofrece versiones más exprés, pensadas para quienes tienen poco tiempo o recursos acotados, pero incluso en esos casos hay un mínimo que se respeta: la coherencia entre lo que se hace y lo que se vive.

A veces, como él mismo cuenta, la relación con el cliente se transforma en una especie de complicidad. En más de un proyecto ha surgido una amistad. “Porque esto no es solo diseño, es confianza. Es permitir que otro intervenga en tu espacio más íntimo. Hay que ser muy delicado con eso”.



MATERIALES QUE RESPIRAN: TEXTURA, TEMPERATURA, DURABILIDAD

En su lenguaje visual, los patrones son claros. Hay una obsesión por la ortogonalidad, por la línea recta, por los volúmenes bien definidos. “No soy fan de lo sinuoso. Me gusta la geometría porque ordena, porque da estructura. Pero también me interesa la piel de los espacios: la textura, el color, la temperatura.”

Cada elemento que Iván incorpora a un espacio tiene una razón de ser. No se trata solo de estética, sino de cómo el cuerpo responde a ciertos estímulos: la luz sobre el lino, la calidez de una madera, el peso visual del mármol.

“El lino me encanta porque es noble, versátil. Puede parecer playero si es claro, o urbano si lo tiñes oscuro. Sirve en muchos contextos y siempre transmite calidez”. Lo mismo con la madera: no la trata como un fondo, sino como un elemento activo, con voz propia. A veces se usa en revestimientos completos, otras veces como acento, pero siempre con intención.

La clave está en la transición. Iván sabe cómo ir de un material a otro sin brusquedades, generando una continuidad suave. Un sofá de cuero puede convivir con un muro texturizado, una mesa de mármol con una alfombra de fibras naturales. Todo depende de la atmósfera buscada. “Me interesa que el espacio respire. Que no se sienta recargado. Que haya una cierta economía, pero también riqueza”.

En algunos proyectos ha desarrollado piezas a medida. Un mueble bajo iluminado con luz LED, por ejemplo, se ha vuelto una especie de firma silenciosa. “Es una pieza larga, horizontal, que emite una luz tenue de noche. No molesta. Acompaña. Y eso es diseño también: pensar en cómo se vive el espacio a distintas horas del día”.

Más allá de las tendencias, Iván elige lo que permanece. “Claro, ahora el mármol está muy de moda. Pero lo uso no por eso, sino por lo que transmite. Frialidad justa. Peso. Equilibrio”. El desafío, dice, está en lograr un diseño que no se vuelva obsoleto en dos años. Que resista los cambios de humor del mercado sin perder su identidad.

LA LUZ COMO ATMÓSFERA: DISEÑAR PARA LA SOMBRA TAMBIÉN

Hay algo teatral en la manera en que Hurtado trabaja la iluminación. Pero no en el sentido de espectáculo, sino en cómo construye climas. La luz, para él, no solo revela: también esconde. Insinúa. Genera misterio.



“Siempre propongo trabajar con menos luz de la que el cliente espera. Y más cálida. Porque la luz blanca, intensa, mata el ambiente. Es funcional, sí, pero no acompaña”. Prefiere que los espacios tengan zonas oscuras, rincones donde la luz no llega del todo. No para incomodar, sino para dar profundidad.

En sus proyectos es común encontrar iluminación indirecta: cintas LED ocultas, lámparas con pantallas opacas, focos dirigidos que dibujan sombras. “Me gusta que no se vea la fuente de luz. Que sientas la atmósfera, pero no sepas de dónde viene”.

Esto se vuelve aún más relevante en espacios con techos bajos. En muchos departamentos promedio, la altura no supera los 2,40 m, lo que puede generar sensación de encierro. Iván lo resuelve con verticalidad visual: lámparas colgantes bien ubicadas, cortinas de piso a cielo, mobiliario de líneas altas. “Esos gestos alargan el espacio, lo hacen respirar hacia arriba”.

En conjunto, la luz y la geometría permiten que el espacio se transforme. Que el mismo lugar tenga distintas lecturas según la hora, el día, o el estado de ánimo de quien lo habita. “Diseñar no es solo decorar. Es crear un sistema de sensaciones”.

EL CENTRO EMOCIONAL DEL HOGAR

Si se le diera a elegir un único espacio para intervenir, Iván no lo duda: el lugar donde todo confluye. Living, comedor, cocina integrada. Ahí es donde —para él— ocurre la vida.

No lo dice desde un lugar simbólico. Lo dice desde la experiencia de observar cómo las familias se mueven. Cómo conversan, cómo comen, cómo se cruzan en medio de la semana. “Ahí es donde todo pasa. No solo las actividades, sino las emociones. Las conversaciones difíciles, las risas, los silencios. Es el centro”.

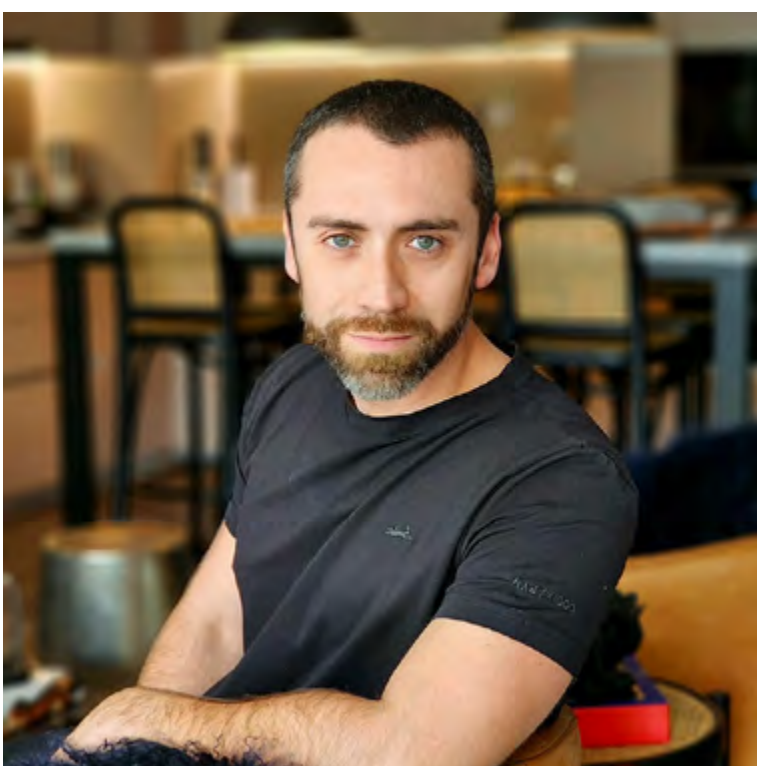
En su práctica, esos espacios son pensados como una coreografía. Hay una atención especial a los recorridos, a la relación entre lo que está fijo y lo que se mueve. La mesa no está puesta al azar. La cocina no se abre sin razón. Hay una voluntad de lectura, de entender cómo el cuerpo se desplaza para desde ahí componer.

En algunos casos ha demolido muros para abrir la cocina al estar. En otros, ha diseñado barras altas para diferenciar sin separar. “Me interesa la integración, pero también la contención. Que haya fluidez, pero también un borde”. Esa tensión se resuelve muchas veces en el mobiliario: un mueble puede ser un separador, una lámpara puede ser un punto de reunión.

También está el tema de las alturas. En departamentos de proporciones reducidas, jugar con la altura de la mesa, del respaldo del sofá, de la lámpara sobre la isla, puede hacer toda la diferencia. “Una lámpara muy baja sobre una barra alta te da una intimidad que no tienes con una luz cenital. Esos gestos mínimos cambian la atmósfera por completo”.







REFERENTES EN LOS MÁRGENES

Iván no trabaja desde el tributo explícito. Pero reconoce sus influencias. Algunas son evidentes: Le Corbusier, Frank Lloyd Wright, la escuela racionalista del siglo XX. “Me interesa la trama, la ortogonalidad, cómo se genera un volumen a partir de gestos simples. Eso siempre ha estado presente en lo que hago”.

También hay un interés persistente por Mondrian, no como decorador —porque no lo era— sino como alguien que entendía el equilibrio en el caos. “Esa forma de organizar el color y la forma me resuena mucho. Es una arquitectura sin edificio”.

Pero donde Iván se detiene con más entusiasmo es al hablar del diseño interior español y brasileño. “Me encanta cómo trabajan la madera, cómo construyen sofisticación desde lo simple. Tienen una elegancia sin esfuerzo. Y sobre todo, manejan la luz como nadie”.

Esas referencias aparecen como ecos. En el uso de ciertos materiales, en las proporciones, en el ritmo. No se trata de copiar, sino de estar en sintonía con una sensibilidad que valora lo sobrio sin volverlo aburrido. Que sabe que la emoción puede estar contenida, pero no por eso ausente.

EL DISEÑO COMO CONSULTORÍA VITAL

No todos los proyectos de Iván llegan a construirse. Y no por falta de interés, sino por una honestidad radical que pone la calidad por sobre la cantidad. “A veces me llaman para diseñar algo, pero cuando analizamos bien el caso, resulta que no vale la pena. Que arrendar ese local es mala idea. Que el espacio no sirve para lo que quieren hacer”.

Es en ese punto donde aparece una nueva dimensión de su trabajo: la consultoría. Una forma de acompañar el proceso de decisión, incluso si eso no desemboca en una obra concreta. “Me gusta ese rol. Poder traducir lo técnico a un lenguaje accesible. Evitar que el cliente se meta en un problema por no entender del todo lo que está enfrentando”.

Esta faceta ha crecido en el último tiempo. Sin una oficina formal aún, pero con una metodología clara. A veces se trata de una asesoría online, con planos y moodboards. Otras, de un acompañamiento completo, desde la idea hasta la ejecución. Pero siempre con una premisa: ayudar a tomar buenas decisiones.

Para el próximo año, planea lanzar su página web y estructurar mejor esta área de su trabajo. No para abandonar el diseño interior, sino para ampliarlo. Para que también exista el espacio para decir que no. Para proponer otra ruta. Para leer el proyecto incluso antes de que exista.

DISEÑAR COMO FORMA DE CUIDADO

Hay una delicadeza en la forma en que Iván habla de los espacios que no puede fingirse. No se trata solo de vocación. Es algo más profundo. Una especie de ética personal, donde el diseño es una forma de cuidado.

Cuidar cómo entra la luz por una ventana. Cuidar la proporción entre una mesa y una lámpara. Cuidar la energía de quien llega a casa después de un día largo. “No me interesa hacer vitrinas. Me interesa que alguien se sienta cómodo. Que no se sienta observado en su propia casa. Que pueda respirar”.

Ese gesto de cuidado atraviesa todo lo que hace. Incluso cuando se trata de una intervención pequeña, de una sugerencia, de una pieza aislada. No se trata de espectacularidad. Se trata de atención.

A los 44 años, Iván está en un momento de consolidación silenciosa. No busca abrir una tienda. No busca una marca. Busca algo más difícil: trabajar con sentido. Y quizás por eso su trabajo —aunque discreto— resuena tanto. Porque no responde al ego, sino a una forma de escuchar lo que los espacios están pidiendo.

Al escuchar a Iván, hay algo que se repite con fuerza silenciosa: el deseo de seguir creciendo, pero sin perder la calma. Su arquitectura interior no busca premios. Busca sentido. Una geometría serena, una luz que acaricia, un mueble que espera. Porque en cada trazo hay una pregunta: ¿cómo quieres vivir?

Y en cada respuesta, una certeza: el diseño, cuando se hace con honestidad, es una forma de cuidar. Como lo muestran de sus proyectos destacados a continuación por Rúa Salón.



[@ivanhur_arquitecto](https://www.instagram.com/ivanhur_arquitecto)

DEPARTAMENTO NORUEGA

LAS CONDES, RM

Fue uno de esos pocos proyectos donde el cliente dijo simplemente: “Hazlo tú. Quiero llegar y que todo esté listo”. Una declaración poco habitual, pero que Iván supo recibir con la misma sobriedad con que enfrenta cada encargo.

El departamento —ubicado en altura, en Las Condes— tenía buenas proporciones, pero un lenguaje neutro, casi inexistente. El desafío no era “corregir” nada, sino darle carácter sin perder fluidez. La estrategia fue clara: trabajar con pocos elementos, pero muy definidos.

El primer gesto fue el papel mural geométrico: una trama precisa, de líneas ortogonales, que organizaba el muro principal del estar como si se tratara de una partitura. Allí se ancló el resto. Luego vino el sofá de cuero, de líneas limpias, que aportaba un peso visual sin cargar el ambiente. Y finalmente, una obra de arte que el cliente y él eligieron juntos: una pieza vibrante, con energía, que rompía la paleta sin desentonar.

“Es un proyecto simple, pero muy claro. Cada elemento tiene un rol. No hay relleno”, dice Iván. El diseño también consideró la progresión: los espacios no quedaron completamente “resueltos”, sino listos para evolucionar. Se dejó aire, márgenes para que el cliente pudiera sumar cuadros, objetos, gestos propios con el tiempo.

El resultado tiene un aire masculino, pero no rígido. Una contención que permite habitar sin ansiedad. Un lugar que no satura, pero acompaña.

Y quizás, más allá de lo estético, lo más valioso fue la experiencia. “Ese grado de confianza te obliga a estar muy atento. Porque no estás ejecutando una lista, estás interpretando lo que el otro aún no te ha dicho”.





DEPARTAMENTO CALLAO

VITACURA, RM

El cliente llegó por recomendación, pero con cautela. Se había reunido antes con diseñadores de renombre, pero no estaba convencido. Iván no intentó persuadirlo con discursos, sino con una conversación honesta. Se entendieron. Y empezó el trabajo.

El espacio a intervenir —de unos 80 m²— tenía una cocina cerrada que amputaba la fluidez del estar. La primera decisión fue radical: botar el muro que separaba ambos espacios. No solo se trataba de abrir, sino de permitir que la vida fluyera de otra forma.

La cocina se reconfiguró. Se movieron artefactos, se actualizaron revestimientos. El corazón de la propuesta fue el uso extensivo de madera en muros y mobiliario, con un tono medio, elegante, envolvente. Ese gesto convirtió el perímetro en una piel cálida, que contenía sin ahogar.

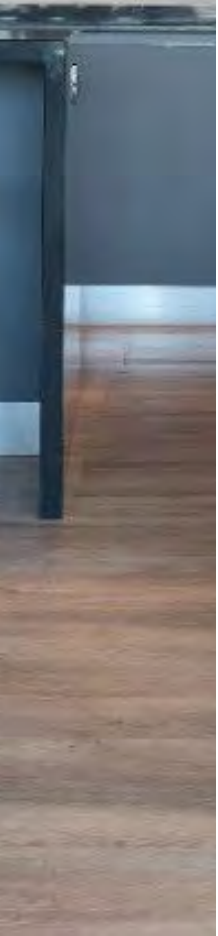
En el mobiliario se combinaron piezas contemporáneas con gestos clásicos: sillas Ghost de Philippe Starck, una banqueta de inspiración Le Corbusier, iluminación puntual y cálida, cortinas generosas. Todo pensado para aligerar la altura sin perder cuerpo visual.

“Fue la primera vez que intervine tan a fondo un departamento. No fue solo diseño interior, fue arquitectura también”, recuerda Iván.

La intervención llegó incluso a los dormitorios. Se unieron dos habitaciones en una sola gran suite, separada por una división tipo biombo, lo que permitía alternar entre espacio de descanso y oficina sin rigidez.

Hoy, además, ese cliente es uno de sus mejores amigos. Una amistad nacida del diseño, pero sostenida en la confianza. “Eso pasa a veces. Que un proyecto se convierte en un vínculo. Y eso también es diseño: crear relaciones que permanecen”.





DEPARTAMENTO MAR JÓNICO

VITACURA, RM

Hay proyectos que no parten con un encargo. Que nacen como necesidad vital. Este departamento fue el hogar de Iván durante varios años, y también su primer laboratorio de ideas.

Ubicado en un edificio moderno, con 80 m² y una planta integrada, el espacio fue pensado para probar: paletas, materiales, configuraciones. Allí desarrolló por primera vez el mueble horizontal bajo con luz LED, que luego replicaría en muchos de sus proyectos. Su lógica era simple pero efectiva: una luz de baja intensidad que permaneciera encendida durante la noche, suficiente para moverse sin encandilar. “Una especie de compañía silenciosa”, como él lo llama.

También se diseñó una mesa con cubierta de mármol de gran formato, sobre una estructura delgada. La mesa, de uso mixto, alternaba entre comedor, escritorio y estación de conversación. A su alrededor, sillas ligeras y una barra

alta, que elevaba el eje visual y quebraba la secuencia habitual del mobiliario.

En iluminación, se optó por lámparas colgantes bajas, que creaban pequeñas atmósferas dentro del espacio total. Una de ellas caía justo sobre la barra, generando un foco de intimidad sorprendente. “Era casi como un escenario, pero privado. No para mostrar, sino para sentirse dentro de algo”, dice.

En ese departamento se conjugaban muchas cosas: el gusto por la geometría, la búsqueda de contención, el amor por los materiales nobles, la necesidad de orden. Pero, sobre todo, la conciencia de que el diseño no es algo que se aplica, sino algo que se descubre.

“Ahí me di cuenta de que tenía una voz. Que lo que hacía no era solo mover muebles. Que podía construir algo que hablara de mí”.









PUNTO MEDIO

ARQUITECTOS

HABITAR CON COHERENCIA

La oficina liderada por la arquitecta Isidora Valdés plantea una nueva forma de pensar la vivienda en el territorio rural, más allá del diseño, más allá de la arquitectura, más allá incluso de la casa.

Un enfoque que mezcla planificación, ecología, urbanismo y sensibilidad para sembrar una pregunta urgente: ¿cómo podemos volver a habitar la naturaleza sin imponerle la ciudad?

Desde las alturas del volcán Villarrica, la bruma matinal se mezcla con los contornos de un bosque nativo que aún resiste. Allí, donde el verde parece más intenso y el suelo más fértil, la arquitecta Isidora Valdés proyecta un tipo de arquitectura que poco tiene que ver con los renders de vitrina, las líneas duras o los brillos del hormigón. Lo que ella propone es otra cosa. Una arquitectura que no se impone. Que no delimita, sino que se funde. Una arquitectura que parte mucho antes del plano: comienza con reconocer el territorio.

“Nos dimos cuenta que estábamos llegando a territorios con lógicas completamente distintas a las de la ciudad”, cuenta Valdés desde la oficina de Punto Medio, el estudio que fundó junto a un equipo joven y multidisciplinario con un objetivo claro: crear un modelo de desarrollo rural sostenible que no sacrifique el equilibrio del paisaje ni repita los errores del urbanismo extractivo.

En esa caminata inaugural —real o simbólica— ocurre algo fundamental: una pausa. “Queríamos dejar de imponerle una lógica urbana a un territorio que funciona desde otros ritmos, otros equilibrios”, agrega. Así nació Punto Medio Arquitectos, como una necesidad vital más que profesional. Como una forma de responder, desde la arquitectura, a un asunto que se hizo cada vez más urgente después de la pandemia: aprender a convivir con la naturaleza. Para Isidora esa es la respuesta definitiva.

La fórmula aunque parece sencilla, es radical. Porque tras ella hay una convicción profunda: el territorio no es un telón de fondo. Es un sistema vivo. Y para diseñar en él, primero hay que aprender a escuchar.

EL TERRITORIO COMO SISTEMA VIVO

El corazón de su propuesta es claro: el territorio no es un fondo, un telón de fondo pintoresco donde posar una casa. Es un sistema vivo. “Nos interesa mucho más la planificación territorial que la arquitectura en sí. Porque el diseño no empieza con el plano, sino cuando entiendo el terreno, lo que me entrega y lo que soy capaz de hacer con él”, explica.

Y no se trata de metáforas. El estudio aplica estos principios en proyectos como Bosques de Pedregoso, una subdivisión rural ubicada en la región de La Araucanía que ha sido el laboratorio vivo para desplegar esta visión. Allí, cada parcela está diseñada no solo en función de la mejor vista o la orientación solar, sino también para minimizar el impacto en la biodiversidad local. Las viviendas se separan del suelo para permitir el libre flujo del agua para enriquecer así, la flora nativa y su biodiversidad. Se crean jardines de agua a partir del escurrimiento de lluvias. Y las canaletas, lejos de ser un detalle técnico, se convierten en espejos de agua que dan vida a los pájaros y al oído.

“Cuando tú entiendes que una canaleta puede convertirse en paisaje, en sonido, en sistema de riego, dejas de verla como una solución doméstica. Se vuelve un elemento de diseño, un ele-

mento poético. Se abren oportunidades. La sencillez de habitar se transforma en algo elegante”, dice Valdés, inspirada también por la tradición japonesa, no tanto desde lo minimalista, sino desde lo armónico, lo que no interrumpe.

URBANISMO RURAL: UNA POSTURA POLÍTICA

Más que proyectar casas, Punto Medio promueve una forma de habitar. Una que cuestiona las lógicas tradicionales de desarrollo inmobiliario y propone una mirada regenerativa, colaborativa, incluso educativa. “Cuando empezamos a hablar de planificación territorial, nos dimos cuenta de que también estábamos educándonos. Mientras más le explicas a la gente sobre la importancia del bosque nativo, del sotobosque o de una especie como la murra, que suele confundirse como simple maleza, cuando tiene en realidad un rol fundamental en los suelos, más se genera un cambio de conciencia. Aprendemos a mirar”, dice.

En su visión, el urbanismo rural —frecuentemente abordado en Chile sin la sensibilidad ni la agudeza que amerita, y muchas veces asociado a lo informal o campestre— es, en realidad, una decisión política profunda. Una forma no solo de reconocimiento territorial, sino también de calidad de vida. Reconectar con una manera más sostenible y digna de habitar. Te hace sensato. Es un acto de también soberanía alimentaria; una elección por la tranquilidad cuando otros solo ven incertidumbre. Europa nos lleva la delantera en esto. En lugares como el País Vasco esto asombra, la ruralidad es una forma virtuosa de habitar. No es retroceso. Es resiliencia.”

De ahí el nombre: Punto Medio. Porque es en el equilibrio donde esta oficina encuentra su fuerza. “No queremos separar la arquitectura de la vida rural, ni tampoco verla como un lujo. La verdadera elegancia está en la sobriedad, en lo funcional, en lo que conversa con el entorno”, dice Isidora. Y agrega: “La nueva plusvalía es la conservación”.





AGUA, BOSQUE Y SUELO: LOS ELEMENTOS CLAVES

Para Punto Medio, el diseño se estructura a partir de tres elementos esenciales: el agua, el bosque y la tierra. Todo proyecto comienza con su lectura. ¿Por dónde corre el agua? ¿Qué especies vegetales habitan el suelo? ¿Dónde pega el sol en invierno? "Si yo entiendo cómo se mueve el agua, puedo hacer una arquitectura que fluya con ella. Si sé dónde hay sombra natural, diseño mis recintos para aprovecharla. Si tengo una depresión, la convierto en un humedal artificial. Nada es azar", comenta la arquitecta.

En Bosques de Pedregoso, por ejemplo, han creado un sistema integral de captación y escurrimiento de aguas lluvias que alimenta lagunas artificiales y jardines inundables. También han delimitado zonas de construcción y de conservación, según la presencia del bosque nativo. "No se trata de hacer una casa. Se trata de construir dentro de un sistema ya existente", dice. "La naturaleza ya sabe cómo funcionar. Nosotros solo debemos entenderla".

Para ello, han incorporado también saberes de manejo ecológico del territorio y prácticas tradicionales como el aterrazamiento o uso de pircas, para guiar el agua sin dañar la pendiente. El paisaje no se nivela ni se destruye: se acompaña. Se canaliza el agua, permitiendo que infiltre lentamente en el suelo para recargar las napas subterráneas. Incluso se cultivan especies que fijan nitrógeno en el terreno, mejorando así su fertilidad antes de sembrar. "Son prácticas simples y tan sabias -dice Isidora- pero con el tiempo las hemos olvidado".

¿ES LUJO HABITAR BIEN?

Una de las convicciones más profundas del estudio es quitarle a la arquitectura ese halo de privilegio que la rodea desde siempre. "La arquitectura no debe ser un lujo. Y lo rural no es precariedad", dice Valdés. "Habitar la naturaleza con respeto ya es un lujo en sí".

Por eso trabajan con materiales nobles como la madera laminada, sistemas estructurales eficientes y diseños que permiten personalización sin recurrir a viviendas prefabricadas. "Queremos que la gente pueda tener la casa de sus sueños sin hipotecar el planeta ni resignarse a soluciones genéricas. El desafío está en planificar bien, en diseñar con conciencia, no en sacrificar la calidad".

En este equilibrio —nuevamente, el punto medio— está también la búsqueda de una eficiencia económica: construcciones más rápidas, menos residuos, menos costos a largo plazo. "Nuestro trabajo está en los matices. En esas zonas intermedias donde se puede hacer mucho con poco. Donde no todo es blanco o negro, ciudad o campo, diseño o naturaleza".

A LEY, LA ÉTICA Y LA AUTONOMÍA

La labor de Punto Medio no se limita a lo proyectual. En los últimos años, Isidora ha dedicado gran parte de su tiempo a comprender las complejidades legales del urbanismo rural, especialmente frente a la iniciativa de la nueva Ley de Protección del Territorio y Vida Rural. "Llevo dos años más entendiendo la legislación que en terreno, como me gustaría. Pero es necesario. Si queremos cambiar la forma en como se habita, debemos entender las reglas del juego." Este proceso ha contado con una gran guía, Patricio Valdés, quien, desde el inicio, confió en su visión y ha sido un motor esencial en el trabajo territorial: abierto al diálogo y cercano a la comunidad para la construcción de una mirada colectiva. Este vínculo generacional, entre experiencia y búsqueda, ha sido su mayor escuela. Y para Isidora, ese aprendizaje recién comienza.

Y no solo entenderlas: anticiparse a ellas. "Nosotros decidimos tomar postura antes de que la ley nos obligue. Implementamos restricciones voluntarias, zonas de conservación, derechos reales de conservación sobre hectáreas específicas. Porque entendemos que la sostenibilidad no se impone, se decide".

El resultado es un modelo replicable que podría implementarse en muchas otras zonas rurales del país. De hecho, ese es su plan. Chile es un país rural. Más del 70% de su territorio se ubica fuera del mundo urbano. Y sin embargo, ese territorio está siendo loteado aceleradamente sin planificación territorial ni resguardo ecológico, sin la mirada integral que amerita y necesita urgentemente. "El modelo está", dice Valdés. "Solo hay que tener la voluntad de aplicarlo".

ARQUITECTURA DESDE LA RAÍZ

Lo que propone Punto Medio es más que diseño, más que eficiencia, más que paisaje: es una filosofía. Una arquitectura que comienza en el suelo, que se alimenta del bosque, que fluye con el agua y que, por sobre todo, respeta. Una arquitectura donde la casa no llega a dominar, sino a convivir.

Caminar por uno de los proyectos de Punto Medio no es lo mismo que recorrer una urbanización tradicional. No hay cercos impositivos ni calles de pavimento estéril. Hay senderos vegetales, canales que susurran, árboles que fueron respetados en lugar de removidos. Se siente otra atmósfera. Una más orgánica. Más consciente.

Quizás por eso, al final de la entrevista, Isidora no habla de metros cuadrados, ni de tendencias, ni de premios. Habla de lo que espera provocar en quienes conocen su trabajo: "Queremos sembrar una semilla. Nuestra ambición no está en ganar premios ni en salir en revistas. Está en tocar la fibra. En que alguien, al caminar por uno de nuestros proyectos, sienta que está habitando de forma coherente. Que sienta que el lujo ya no está en las tendencias, sino en la laguna que se llena con la lluvia. En la sombra que da el canelo. En el bosque que aún sigue ahí."

Uno sale de la conversación con esa frase en la cabeza. Y con una certeza: en tiempos de crisis hídrica, sobrepoblación rural y fragmentación del paisaje, el trabajo de estudios como Punto Medio no es solo deseable. Es urgente.

Porque en este país largo y estrecho, aún quedan rincones donde el bosque resiste. Donde el agua corre. Donde el paisaje todavía puede hablarnos.

Y lo mínimo que podemos hacer... es aprender a escucharlo.



Cristóbal Pino Gutiérrez

Isidora Valdés Pascual



@puntomedio_arquitectos

+

VRAA

Ivanna Nöhra Véliz

Claudio Romo Hevia

Francisco Valdés Bertrand

LA MAGIA DE HABITARSE

LA VIDA INTERIOR SEGÚN BELÉN BRIONES

Belén diseña espacios que celebran los hábitos, las emociones y la libertad de vivir sin manual. En su casa no hay piezas sagradas, ni espacios de museo. Todo se usa, todo se vive. Desde un columpio en el living hasta un mat de yoga del mismo tono que la alfombra. Esta interiorista propone un diseño interior que se construye desde las rutinas, no desde las normas. Un viaje que comienza en el cuerpo, fluye por la luz, se acomoda a los afectos y se transforma con cada nueva etapa de la vida.



Tendencias, modas y repeticiones parecen tomar un amplio campo del diseño de interiores hoy por hoy. Sin embargo, en medio de la confusión y los clichés, hay quienes eligen habitar (y crear) desde otro lugar. Belén Briones es una de ellas. Diseñadora de interiores, renovadora de espacios y buscadora incansable de armonía cotidiana, su propuesta no nace de las tendencias, sino de la vida real: de lo que hacemos, de cómo nos movemos, de lo que necesitamos para estar bien.

Su mirada —sutil, práctica y profundamente humana— transforma casas en refugios y espacios en escenarios de libertad. En este reportaje, recorreremos su historia, su filosofía y su manera muy propia de entender el habitar como una extensión del ser.

HERENCIA EN LAS VENAS, LIBERTAD EN LA MIRADA

Desde niña, Belén Briones creció rodeada de planos, maquetas y conversaciones sobre espacios. Su abuelo, su padre, su madre, sus hermanos... casi toda su familia era arquitecta. “Te juro que la arquitectura está en las venas”, dice entre risas. Y aunque al principio juró no casarse jamás con un arquitecto, terminó haciéndolo. Las cosas, como los espacios, encuentran su forma propia cuando se los deja ser.

Su primer año lo pasó en arquitectura, pero fue un viaje a Italia el que lo cambió todo. Allí, en medio de ruinas, mármoles y cielos abovedados, descubrió algo crucial: “Me empezó a gustar otra escala. No la de la ciudad, sino la de lo humano. Lo cercano. Lo que habitas con el cuerpo todos los días”.

Desde entonces, Belén decidió mirar el diseño desde adentro. Ya no como un adorno, sino como una extensión natural de la vida que ocurre en él. Lo suyo no es un catálogo de estilos, sino una forma de estar en el mundo.

CUANDO EL ESPACIO SE TRANSFORMA EN EXPERIENCIA

La pandemia fue un punto de quiebre. Como muchos, Belén se encontró encerrada en casa. Pero a diferencia de otros, ese encierro le abrió una puerta. “Tenía un living perfecto, pero no lo usábamos. Entonces pensé: ¿para qué quiero un espacio que no se habita?”.

Lo transformó todo. Sacó la mesa del comedor, colgó columpios en el techo, instaló sus implementos de yoga. El lugar más formal de la casa se volvió el más libre. “Se veía precioso igual”, cuenta, “porque aunque fuese distinto, elegí elementos que combinaban. Todo beige, todo calmo”.

Ese gesto, tan doméstico como radical, fue el inicio de su filosofía actual: diseñar a partir de los hábitos, no de los estándares. “¿Te gusta leer? Entonces pongamos una luz rica y una silla cómoda donde realmente te den ganas de leer. No porque sea un living hay que tener solo un sofá de revista”, dice.

Diseñar como se vive. Vivir como se desea. La ecuación es simple, pero poderosa.



RENOVAR COMO FORMA DE VIDA

Junto a su marido —arquitecto y deportista— Belén ha hecho de la renovación un estilo de vida. Compran propiedades en mal estado, las remodelan, viven en ellas un tiempo y luego las venden. Así han transitado por departamentos en Providencia, penthouses con vista a Santiago, casas en la playa y proyectos que descubren casi por intuición.

“El de la playa fue mágico. Estábamos cansados de la ciudad, del movimiento veloz y permanente de Santiago. Y esta casa apareció justo cuando lo necesitábamos”, recuerda. La remodelaron a su gusto, con detalles cuidados, y se instalaron a vivir. “Siempre supimos que la íbamos a vender, pero igual le metimos todo el cariño. Porque la habitamos, y eso se nota”.

Esa mezcla entre desapego y presencia marca todo su trabajo. Las casas no son templos intocables, sino escenarios cambiantes que acompañan la vida en movimiento. Vivir, crear, partir. Y volver a comenzar.

DISEÑAR DESDE EL HÁBITO, NO DESDE EL DEBER

Belén insiste: el diseño tiene que nacer desde lo que realmente haces. Hacer yoga. Tomar desayuno lento. Apoyarte en la cocina mientras haces la invertida, como sus hijas.

“Quiero que el mat de yoga quede tirado y se vea bien. Entonces busco uno beige, como de lino. ¿La silla no es linda? Le pongo un forro. No hay que esconder lo que uno hace. Hay que celebrarlo”.

Esa libertad —consciente, estética, radical— es lo que propone a sus clientes. Pero no siempre es fácil. “A veces me miran raro cuando digo que pongan un librero en el living si les gusta leer. Pero ¿por qué no? ¿Qué sentido tiene vivir en un lugar que no se parece a ti?”.

Su mirada busca derribar estructuras impuestas. “Una casa no tiene por qué ser cocina-living-dormitorio y ya. Podemos pensar los espacios según cuánto los usamos, según cómo queremos sentirnos. Podemos ser más libres”.

OFICIO Y MATERIA: LO INVISIBLE QUE DA FORMA

Aunque su discurso sea sensible, su oficio es riguroso. Belén no diseña desde el aire. Su primera experiencia laboral fue en una fábrica de muebles de lujo, donde aprendió el comportamiento real de los materiales. Sabe cómo se encuentra una puerta con su marco, cómo tallar la madera, qué tipo de cubierta resiste el calor o la humedad.

“Madera, lino, piedra. Me encantan los materiales nobles”, dice. Y más allá de lo noble, lo posible. “A veces un maestro me dice que algo no se puede. Pero yo lo he hecho. Lo he visto. Sé que se puede”.

Trabaja con un equipo que la entiende, la acompaña y afina el ojo. “A veces me dicen: ¡quedó igual al render! Se emocionan. Porque también es rico entregar una pega bien hecha”.

En su cocina, por ejemplo, tiene una gaviota de madera con luz interior. Enciende solo esa luz para cenar con amigos. “Parece una escultura. Es un detalle, pero genera atmósfera. Esas pequeñas cosas hacen que el espacio te abrace”.



COCINAS PARA MUCHO MÁS QUE COCINAR

Una de sus especialidades es remodelar cocinas. Y ahí su enfoque se hace evidente. Y es que en las casas que diseña Belén, la cocina no es solo un lugar para preparar alimentos. Es el centro donde gira la vida, el corazón cálido desde donde brotan los aromas, las conversaciones y los afectos. “Yo no quiero que parezca cocina”, dice con una sonrisa. “Quiero que parezca un lugar donde dan ganas de estar”.

Por eso, sus cocinas no se anuncian con frialdad. Se sienten. Entran suave. Hay madera en tonos miel, piedra honesta, texturas nobles que invitan al tacto. La iluminación es baja, delicada, cálida, como una vela encendida en la tarde. Los muebles no gritan, susurran. A veces, hay una gaviota de madera flotando sobre una repisa iluminada. O una planta cayendo sin apuro sobre el lavaplatos. Todo es detalle, pero sin artificio.

“Me gusta que las cocinas se integren. Que se sientan como parte del estar, no como un espacio aislado o utilitario. Que puedas cocinar, pero también trabajar, conversar, mirar a tus hijos jugar. Que se vea lindo, pero también que se viva”.

Belén conoce bien las rutinas familiares, con hijas inquietas que se cuelgan de los mesones o hacen la invertida mientras ella revuelve una olla. “Me encanta que puedan moverse así, que la casa no sea un lugar rígido, sino que se adapte

a nosotras. Que si ellas encuentran un rincón donde apoyar la pierna para hacer equilibrio, ese rincón funcione”.

En su Instagram, las imágenes lo confirman: cocinas de maderas claras, griferías mate, vajillas dispuestas con cariño, lámparas que parecen joyas flotantes. Una estética cálida y coherente que invita a habitar con calma, sin estridencias.

“Me fijo mucho en la luz natural. Voy a distintas horas del día, veo cómo entra el sol, qué sensaciones genera. Y después pienso cómo complementar eso con la luz artificial. Me encanta ponerle luz a los muebles, a las repisas. Crear distintas escenas, distintos momentos”.

Pero más allá de lo visual, Belén piensa cada cocina desde el movimiento. ¿Cómo se circula? ¿Dónde se guardan las cosas? ¿Qué se necesita tener a la mano? “Me gusta recorrer los espacios con los clientes. Les pregunto cómo se mueven, qué hacen, qué cocinan. Porque una cocina puede ser muy linda, pero si no acompaña tu ritmo, no sirve”.

En su enfoque, lo técnico y lo emocional no se contradicen. Se cruzan. “Puedes tener una olla de greda y que se vea increíble. No tiene que ser lo más caro. Tiene que tener sentido. Hay belleza en lo simple, si se elige con cuidado”.

Cocinar, en sus cocinas, es apenas una parte. También se lee, se trabaja, se toma café, se abraza, se crece. “Es el lugar donde todo pasa. Por eso hay que pensarlo con cariño. Para que no sea solo cocina, sino un pedacito de vida”.





UN SUEÑO HABITABLE

Los sueños, como las casas, no siempre se construyen con planos exactos. A veces aparecen por intuición, por deseo, por la pura necesidad de imaginar otro modo de vivir. Belén Briones lo sabe. Su historia está llena de esos sueños que se ensayan con los pies descalzos sobre el suelo recién pulido, que se prueban en la luz de la mañana o en el eco de una pieza vacía que pronto será otra cosa.

“Siempre he soñado con diseñar un hotel”, dice. Y no uno cualquiera: uno donde se mezcle la arquitectura con la calma, el diseño con la respiración. Un lugar hecho para el descanso, para el yoga, para estar liviano. “Ojalá en Costa Rica. Me mata la arquitectura tropical. Esa forma en que lo exterior entra en la casa, y lo interior se abre como si respirara”.

Quizás no sea casual que sus casas, aunque estén en Santiago o en la costa chilena, ya respiren así. Tienen ventanas amplias, colores que no apuran, texturas que invitan a quedarse. Hay espacio para colgarse, para leer en el suelo, para mover el cuerpo. Son casas que se escuchan antes de hablar. Que no necesitan gritar diseño, porque lo que ofrecen es algo más esencial: bienestar.

“Me encantaría que esta forma de vivir se conociera más. Mostrar que no todo tiene que ser como nos dijeron. Que



una casa se puede armar desde lo que somos, no desde lo que hay que parecer”.

Sus sueños hoy se cruzan con lo concreto: la familia, los proyectos, las mudanzas con sentido. El último tiempo ha estado centrada en la Quinta Región, donde vive y trabaja con su equipo. Ahí, entre mar y cerros, transforma espacios que parecían olvidados en hogares con alma. Casas que respiran. Departamentos que renacen. Rincones que vuelven a tener propósito.

Ese oficio de habitar, renovar y dejar partir, lo ha hecho suyo con amor y libertad. Porque si algo ha aprendido Belén, es que una casa puede cambiarlo todo. Que diseñar no es solo componer una imagen, sino abrir un espacio donde la vida —con sus risas, sus pausas y sus olores de cocina— pueda desplegarse sin miedo.

Y en ese despliegue, su trabajo adquiere todo el sentido.

Más allá de su mirada sensible, Belén Briones y su equipo ofrecen un servicio integral, claro y aterrizado. Desde asesorías simples —con propuestas de materiales, distribución y referencias visuales— hasta remodelaciones completas que incluyen diseño, coordinación, obra y ambientación total. Ya sea una cocina, un baño, un departamento entero o una casa antigua que necesita nueva vida, Belén acompaña cada etapa con atención al detalle y una estética honesta, luminosa y funcional. Para quienes ya cuentan con maestros de confianza, también ofrecen el diseño y supervisión de obra, adaptándose a distintos presupuestos y necesidades con la misma dedicación.

Pero quizás lo más distintivo de su trabajo sea su experiencia como renovadora de hogares. A lo largo de los años, junto a su marido arquitecto, ha convertido casas deterioradas en espacios cálidos, armónicos y profundamente habitables. Hoy, esa experiencia no solo la aplican a sus propios proyectos, sino también a los de sus clientes.

Actualmente, su estudio está enfocado en tomar proyectos en la costa de la Quinta Región, donde también residen. Desde Zapallar a Maitencillo, su trabajo se expande con la misma filosofía: diseñar espacios que se sientan, que se vivan, que acompañen. Hogares que no sigan moldes, sino que respondan a la vida real. Hogares que abracen.

Belén sigue dibujando interiores que no solo se ven bien, sino que se sienten vivos. Porque al final del día, como ella misma dice, “una casa no es solo una casa. Es la forma en que elegimos estar”.



@ belenbriones_interiorismo

VICTORIA CAMPINO

Y EL ARTE DE LO INVISIBLE

**La arquitecta chilena
fundadora de Campino
Iluminación diseña
espacios que se sienten.**

**Un oficio donde
técnica e intuición
se funden para
transformar la
vida
cotidiana.**



Hay una luz que se siente sin necesariamente mostrarse. No es aquella que ilumina directamente un objeto o que llena un espacio con una temperatura precisa. Es la que transforma la atmósfera, la que habita en los rincones y en las decisiones invisibles, la que nos hace querer quedarnos más tiempo en un lugar sin saber por qué. Esa luz, la que se intuye antes de ser comprendida, es la materia prima de Victoria Campino.

Arquitecta de formación y diseñadora de iluminación por oficio y elección, Victoria ha construido un camino propio en una disciplina aún poco visible en Chile. Fundadora de Campino Iluminación, ha logrado posicionarse como una figura sensible y rigurosa en un ámbito donde confluyen la técnica, el arte, la arquitectura y la vida cotidiana. Este reportaje es un viaje por su historia, su manera de pensar los espacios, su ética de trabajo, sus obsesiones y su mirada luminosa del mundo.

DONDE NACE LA INTUICIÓN

La historia de Victoria Campino no empieza con la luz, sino con el arte. Desde pequeña, vivió en un ambiente familiar donde el arte y la arquitectura estaban muy presentes en

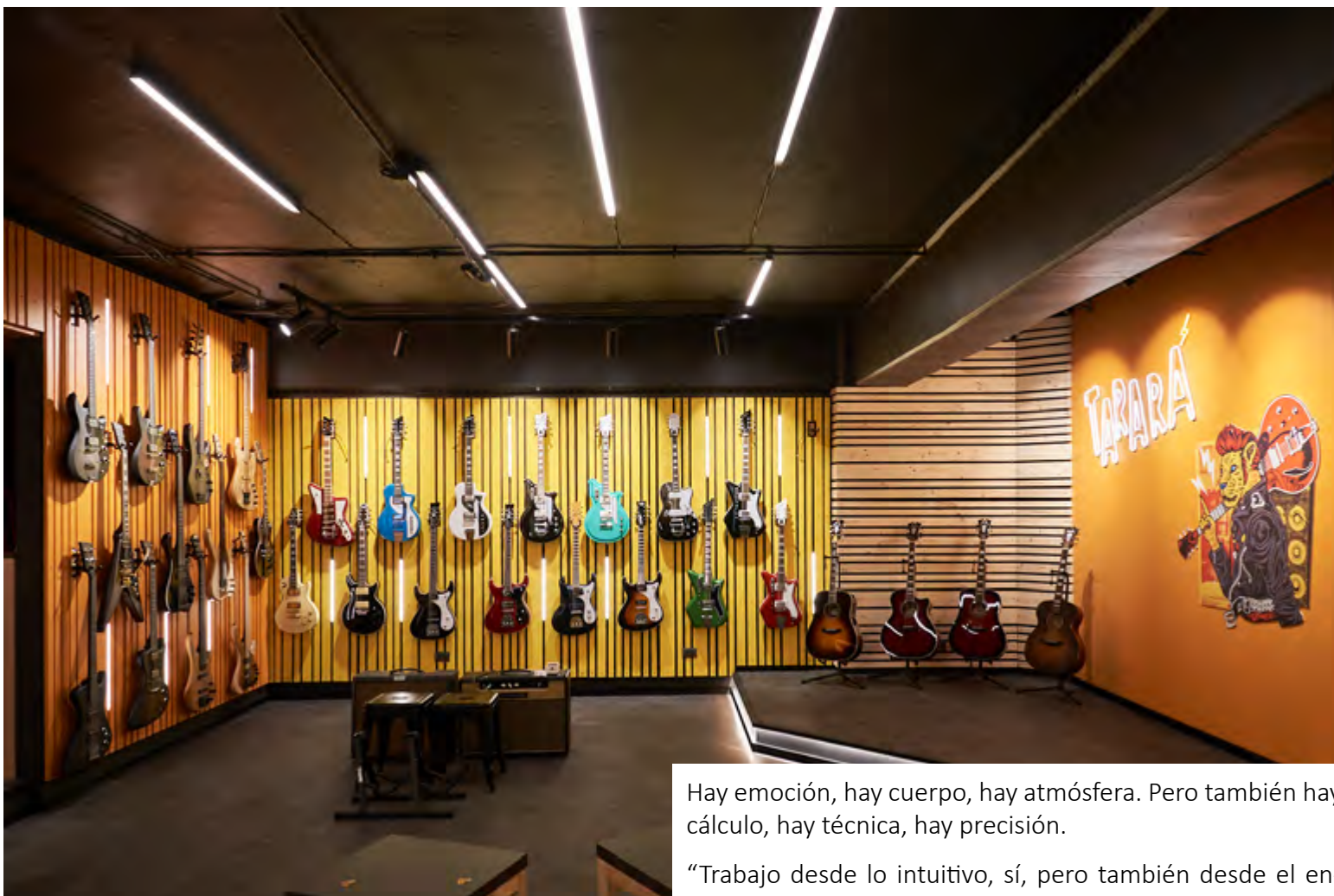
las historias, la manera de pensar los espacios y una mirada luminosa del mundo. Así, el lenguaje visual fue parte de su respiración. Lo suyo parecía natural: estudiar arquitectura, sumergirse en el diseño de espacios, comprender la forma de lo habitable. Y sin embargo, sería en España, casi por azar, donde la luz irrumpiría como una vocación inesperada, silenciosa pero inevitable.

“Estaba en Marbella, trabajando, y quería hacer un máster. Vi uno en iluminación y fue como... esto es. Fue algo casi intuitivo. Me encantó esa mezcla más artística, más efímera, que tiene lo técnico pero también lo sensible. Me abrió posibilidades. No me cerró, aunque es algo específico. Todo lo contrario”.

Victoria había trabajado como arquitecta. En Chile, en la oficina de su padre; luego en España, en un estudio de interiorismo de alto estándar. Allí descubrió lo que en su formación académica nunca había aparecido: que la luz podía ser pensada, diseñada, tratada como materia. Y que esa materia podía transformar por completo un espacio.

“En Chile, nadie me habló nunca de iluminación. No había cursos, no había diplomados, nada. Pero en Europa hay una cultura distinta del interiorismo, de la atmósfera. Ahí vi el clic: esto es un oficio, un área de especialización, algo a lo que uno se puede dedicar”.





OFICIO INVISIBLE

Cuando volvió a Chile, ya con un máster en diseño de iluminación y un lenguaje propio en gestación, Victoria se fue a trabajar durante dos años con Paulina Sir, una etapa de mucho aprendizaje y crecimiento. Luego llegó el momento de fundar su propia oficina. Campino Iluminación nació como una práctica independiente y profundamente personal. Aún hoy, ella misma lleva cada proyecto, acompañada a veces por colaboradores, según la escala. “Al final, soy yo. Este estudio soy yo”, dice, con una calma que denota convicción.

Diseñar iluminación, en su caso, es hacer preguntas antes que proponer respuestas. “Yo primero observo, escucho. Miro el espacio, el contexto, qué se quiere mostrar, qué se quiere ocultar. Qué quiso hacer el arquitecto. Qué busca el cliente. A partir de eso, pienso la propuesta. Por eso todos los proyectos son distintos”.

Lo que sí permanece como constante es su cuidado por el confort visual: que no haya encandilamiento, que no existan contrastes abruptos, que el espacio se vuelva grato, habitable. “La luz puede hacer que te sientas mal. Puede hacer que no quieras estar en un lugar. Puede entristecerte sin que te des cuenta”.

Hay emoción, hay cuerpo, hay atmósfera. Pero también hay cálculo, hay técnica, hay precisión.

“Trabajo desde lo intuitivo, sí, pero también desde el ensayo. Cuando puedo, llevo equipos y pruebo in situ: cintas LED, focos, efectos. Voy con todo, lo enchufo, lo vemos juntos. El cliente lo vive. Y a veces me dicen: ¡hazlo! Me da lo mismo, rompamos todo, yo pinto de nuevo”.

LUZ QUE ABRAZA

En la casa de Victoria, la luz está en todas partes y en ninguna. No se impone, no grita, no decora. Acompaña. Es la atmósfera misma.

“Me encanta seguir el ciclo natural de la luz. Dormirme cuando oscurece. Levantarme con el día. En el baño tengo dos tipos de luz, una bajita para cuando despiertas y otra fuerte para cuando te miras al espejo. En la noche, a las ocho, empiezo a bajar las luces para que mis hijos se vayan preparando para dormir. Son detalles, pero afectan”.

Habla de la iluminación como si hablara del clima emocional de una casa. No hay pretensión en sus palabras. Sólo sentido común, intuición afinada y un respeto profundo por los cuerpos que habitan.

“Hay espacios donde nadie quiere estar, y muchas veces es por la luz. Un living que está oscuro, con sombras raras, es un lugar que rechaza. Basta cambiar eso para que las personas vuelvan a usarlo”.

ILUMINAR SIN EXCLUIR

Campino Iluminación no es una oficina de proyectos inalcanzables. Victoria se empeña, una y otra vez, en derribar esa idea.

“No creo que esto sea exclusivo. No es solo para museos, oficinas top o casas de lujo. Esto es para todos. Hay formas simples, accesibles. Hay veces en que haces un par de ajustes y ya mejora todo. Me interesa transmitir eso”.

Ese afán por democratizar el oficio convive con una sensibilidad estética aguda. Ella busca belleza, sí. Pero no una belleza ostentosa, sino esa que nace del equilibrio, del confort, de la coherencia con el lugar y con quienes lo habitan.

“Me gustan los proyectos donde el cliente participa, donde hay diálogo, donde el espacio busca su propio espíritu”.

Y eso incluye jardines, viviendas, cafés, galerías, oficinas, pasillos, museos, hoteles, rincones. Todo lugar tiene una historia por contar. Y la luz, si se la piensa, puede narrarla con elegancia.



DIÁLOGOS QUE ILUMINAN

Victoria no trabaja sola. Aunque lleve su nombre, cada proyecto es también una conversación con otros: arquitectos, interioristas, artistas, clientes. “Me llaman para ser parte del equipo. Y es fundamental que haya confianza mutua. Porque yo también propongo cambios, a veces sugiero dejar espacios para que la luz esté oculta, y eso implica ajustes”.

Ese vínculo —de respeto, de colaboración real— ha hecho que muchos arquitectos vuelvan a llamarla. Que los clientes la recomienden. Que su nombre circule en un ámbito aún incipiente pero creciente en Chile: el del diseño de iluminación como oficio autónomo.

“No todos los arquitectos piden ayuda con la luz natural, por ejemplo. Pero deberían. Porque es clave entender cómo entra la luz, cómo se filtra. A veces es tan importante lo que no se ve como lo que se ve”.



TECNOLOGÍA, ALMA Y FUTURO

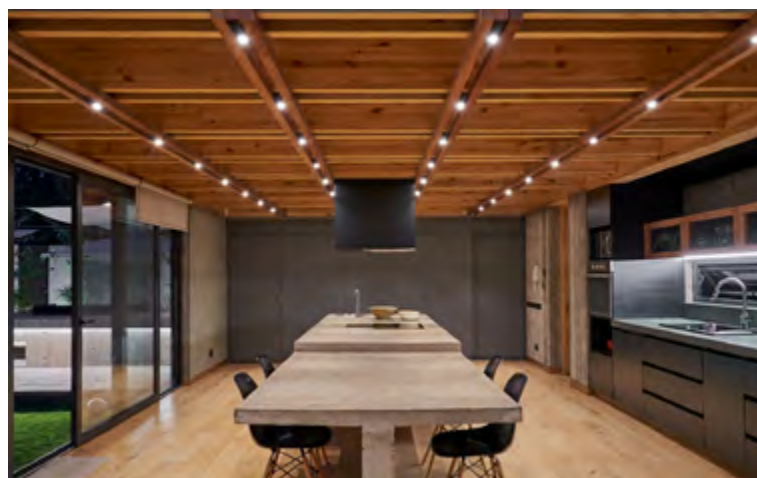
Aunque su aproximación es intuitiva, Victoria está siempre atenta a las novedades tecnológicas: luminarias más compactas, LEDs curvos, sistemas domóticos sin cableado. “Hoy hay luces que cambian de temperatura según el momento del día. Eso mejora el estado de ánimo, la productividad, el descanso”.

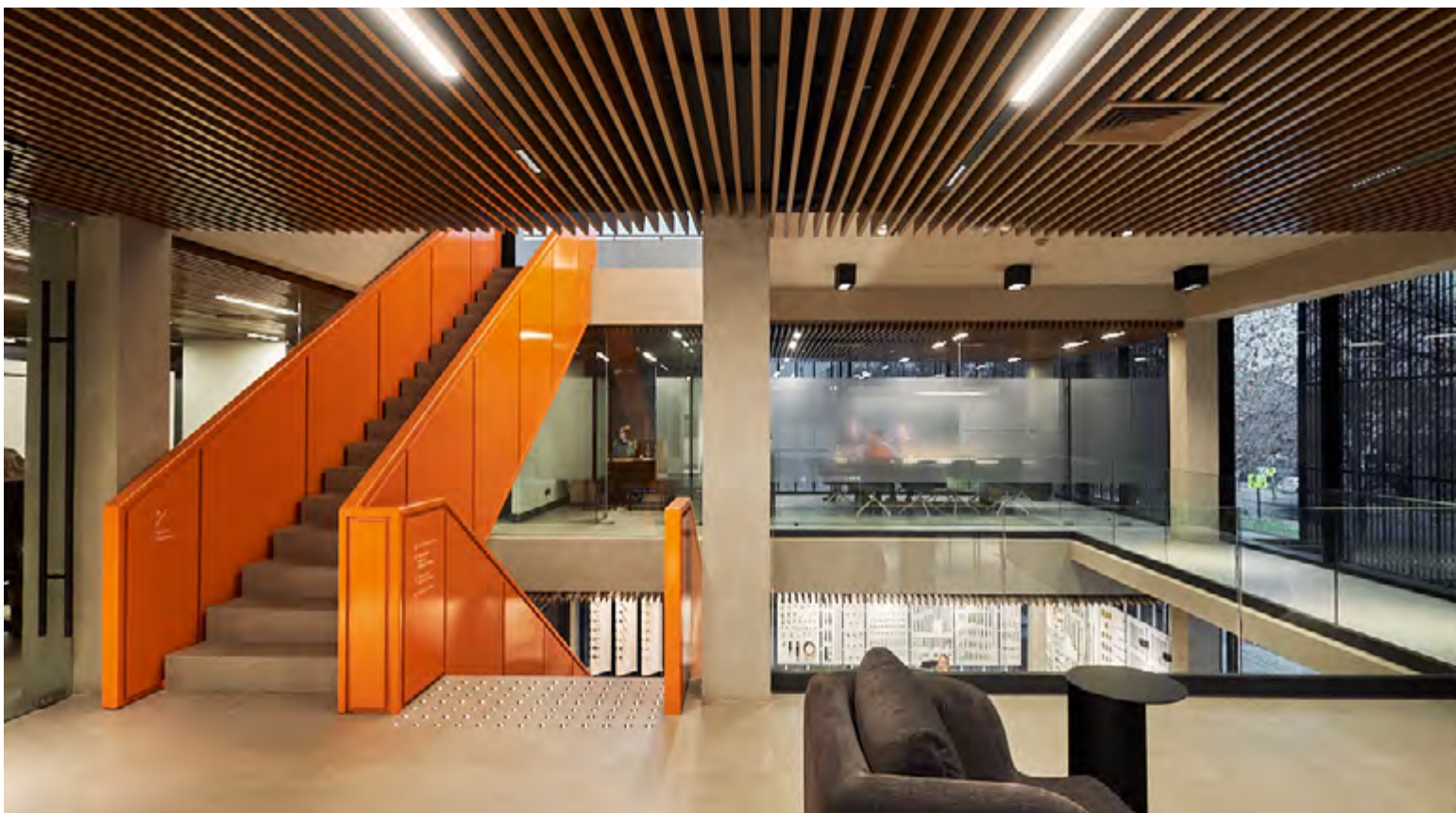
Pero no todo es tendencia. A veces, lo nuevo deslumbra sin sentido. “Cuando recién aparecieron los LED de colores, todos querían usarlos. Y no siempre funciona. Hay que saber cuándo, cómo y para qué”.

Le interesa más el desarrollo que la moda. Más la herramienta que el objeto decorativo. Más el cuerpo que la vitrina.

“Yo no soy muy de tendencia. Prefiero buscar el espíritu del lugar. Pero sí es importante estar al día, porque hay clientes que lo valoran, y porque muchas veces la tendencia viene de un avance tecnológico real”.

A futuro, sueña con seguir haciendo lo mismo, pero con más fuerza, más equipo, más alcance. “Llevo diez años con esto, y mi sueño es continuar. Hacerlo sostenible, rentable, crecer. Consolidar un equipo. Seguir haciendo proyectos atractivos, que confíen en mí, donde haya belleza y sentido”.





LA LUZ COMO METÁFORA

Cuando le piden una imagen para describir la luz, Victoria no responde con rapidez. Se toma un momento. La siente más que la define.

“La luz para mí es como una energía. Pero una energía que se puede ver. No es solo técnica, no es solo sensación. Es las dos cosas. Es algo que te atraviesa, pero también que construye”.

Si pudiera iluminar cualquier lugar del mundo, no elegiría un ícono ni un edificio monumental. Preferiría uno con historia. “Un lugar con pasado. Un lugar que necesite ser narrado de nuevo. Que tenga capas. Porque ahí la luz puede contar esa historia, puede hablar de lo que hubo y de lo que hay”.

UNA LUZ QUE PERMANECE

Victoria Campino no ilumina espacios. Ilumina relaciones, hábitos, memorias. Con su lenguaje sereno y su precisión invisible, ha convertido la luz en una forma de cuidado. Sus proyectos no gritan. No buscan protagonismo. Pero dejan una huella. Como un susurro que se queda. Como una atmósfera que abraza sin que nadie se dé cuenta.

En un mundo que a veces deslumbra más de la cuenta, su trabajo recuerda algo esencial: que la verdadera luz no se impone. Se ofrece.



PAZ & DECO

EL DISEÑO INTERIOR COMO REFUGIO, ENERGÍA Y DESPERTAR

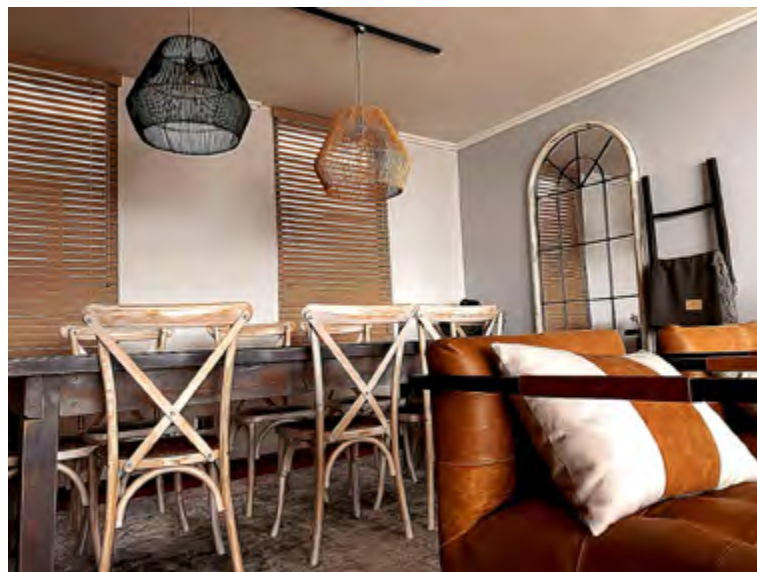
Desde la calidez de una manta tejida hasta la claridad de una habitación ordenada, la historia de Paz Orellana y su estudio Paz & Deco invita a mirar el interior —de la casa y del alma— con nuevos ojos. Profesora de yoga y diseñadora de interiores, ha hecho del diseño consciente una práctica amorosa, accesible y profundamente transformadora. Aquí, su recorrido vital, sus principios esenciales y su forma única de entrelazar belleza y bienestar.

LA NIÑA QUE ORDENABA CLÓSETS POR AMOR

Paz Orellana recuerda su infancia con detalles que no se le borran: las casas prestadas, los rincones con alma, los cojines dispuestos como una invitación. “Vivimos en al menos siete casas distintas mientras yo crecía —cuenta—. Ninguna era de lujo, pero todas eran hermosas. Tenían alma”. La responsable de esa “alma” fue su madre, la Monchi. “Ella no necesitaba grandes presupuestos, solo tenía esa magia. Cojines en lugares estratégicos, flores frescas en la entrada, mantas sobre las sillas... Y sobre todo, la intención de hacer de cada rincón un refugio”.

Paz absorbió todo eso desde pequeña, casi sin darse cuenta. “Yo era esa niña que cambiaba su pieza una y otra vez. Sentía que algo no encajaba, y entonces movía los muebles, ordenaba los clósets por colores. A mis 10 años eso ya era una forma de buscar paz mental”.

Años más tarde, ya convertida en madre joven, descubrió el yoga. No como tendencia, sino como tabla de salvación. “Tenía 20 años, necesitaba sostenerme y también sostener a mi hija. El yoga fue mi primer refugio”. Pero la historia no terminó ahí. Una década después, durante la pandemia, la necesidad de reconectar con su entorno encendió otra llama: el diseño de interiores.



EL DISEÑO COMO CAMINO DE REGRESO A CASA

“Me enamoré en la primera clase”, dice sobre su formación como diseñadora. “Sentí que algo en mí despertaba. Y todo lo que había aprendido en el yoga empezó a tener sentido también en el diseño. Porque ambas cosas buscan lo mismo: bienestar”.

Paz no separa el diseño de la vida. “Una casa te puede dar paz o te puede dar euforia. Te puede contener o expulsar. Hay gente que hace todo lo posible por no llegar a su casa, y muchas veces no saben por qué. Es la energía que está ahí, estancada, desordenada, sin intención”.

Así fue como nació Paz & Deco: como una forma de habitar con conciencia y de acercar el diseño a quienes pensaban que no era para ellos. “Democratizar el diseño interior es uno de mis grandes sueños. Mostrar que no se necesita plata, ni tendencias, ni lujos para sentir que tu casa es tu refugio”.

DISEÑAR PARA SANAR: EL ALMA DE LOS ESPACIOS

Para Paz, diseñar conscientemente es “poner atención a lo invisible”. Es preguntarse: ¿cómo me siento en este espacio? ¿Qué me gustaría sentir? ¿Qué estoy necesitando hoy?

“Me ha pasado muchas veces con alumnas de yoga que me dicen: ‘No me hallo en mi casa’. Y claro, hay ruido visual, hay desorden, hay colores que te agotan. Una casa oscura, con rojo y negro, puede ser hermosa para la revista, pero no te da calma. Y el bienestar también se trata de eso”.

Sus herramientas van mucho más allá de la estética. Observa cómo entra la luz, cómo circula la energía, qué historias habitan los objetos. Prefiere los tonos tierra, los verdes naturales, la luz cálida, las plantas vivas. “Un espacio puede ser medicina o puede ser ruido. Puede recargarte... o drenarte”.





DISEÑO CONSCIENTE: MENOS PINTEREST, MÁS AUTENTICIDAD

El diseño consciente que propone no busca lo último en vanguardia, sino lo que hace sentido para cada persona. “No se trata de copiar Pinterest. Se trata de preguntarte cómo quieres sentirte en tu espacio, y desde ahí crear algo tuyo. Algo que te refleje y te sostenga”.

Por eso, cada uno de sus proyectos parte con una entrevista íntima. “¿Cómo estás? ¿Cómo necesitas sentirte? ¿Qué te pasa hoy cuando entras a tu casa?”. A veces la respuesta es difusa, pero el cuerpo siempre sabe. “La casa habla. Y no habla de cómo eres, sino de cómo estás”.

Paz observa sin juzgar. “No me interesa mostrar casas perfectas. Me interesa que alguien diga: ‘Por fin siento que esta casa es mi hogar’”.



EL ORDEN COMO MEDICINA EMOCIONAL

Una de sus ideas fuerza es que el desorden externo refleja un ruido interno. “Ordenar es un acto de amor propio”, repite como mantra. “No hay que partir comprando cosas. A veces solo basta con abrir una ventana, mover un mueble, sacar lo que ya no te representa”. La transformación puede ser mínima y radical al mismo tiempo. Cambiar una lámpara fría por una luz cálida. Poner una planta en un rincón olvidado. Agregar una manta de textura suave. Pintar una pared con un color que abrace.

“No se necesita mucho dinero —insiste—. Se necesita intención. Escuchar lo que tu casa te está diciendo, y responder desde el amor”.

UN PROYECTO, UNA TRANSFORMACIÓN

Uno de los casos que recuerda con más cariño es el de una familia esperando a su segunda hija. “No tenían mucho presupuesto, pero querían ordenar y embellecer su living y su comedor. Sentían que la casa estaba ‘pesada’”.

Con pequeños cambios —una manta, una lámpara nueva, un canasto para juguetes, una repisa con fotos familiares—, el espacio se transformó. Y no solo visualmente.

“El hijo mayor empezó a ordenar solo, sin que se lo pidieran. Los papás sentían que la casa estaba más viva. Me dijeron: ‘Paz, este cambio fue más grande de lo que imaginábamos’. Y eso es lo que busco. Que una casa se vuelva cómplice de tu bienestar”.



EL YOGA ENTRE LOS OBJETOS

Aunque no hable todo el tiempo de posturas ni respiraciones, el yoga está presente en todo lo que hace. En la pausa. En la escucha. En el respeto por los ciclos y las emociones.

“El diseño y el yoga comparten un propósito: hacerte sentir mejor. Volver al centro. Yo vi a mis alumnas llorar después de una clase, solo por respirar y conectar con ellas mismas. Y eso mismo puede pasarte al cambiar tu pieza. Un espacio también puede abrirte el corazón”.

Para ella, diseñar es otra forma de acompañar procesos. De ofrecer contención. De traer presencia. “Diseñar no es solo decorar —dice—. Es preguntarte qué necesitas en este momento de tu vida, y crear un espacio que lo abrace”.

UN RINCÓN CON NOMBRE PROPIO

Hacia el final de la conversación, Paz propone un ejercicio simple: “Elige un rincón de tu casa. Obsérvalo. Pregúntate qué sientes cuando estás ahí. ¿Qué podrías quitar? ¿Qué podrías agregar? Y luego ponle un nombre. ‘Rincón de calma’, ‘espacio para ser yo’, lo que te nazca”.

Ese gesto, tan sencillo como poderoso, es una puerta de entrada al diseño consciente. No hay manuales ni recetas. Solo intención, autenticidad y pequeñas acciones que te devuelven el bienestar.

“Tu casa puede ser tu refugio. No necesitas grandes presupuestos. Solo necesitas conectar contigo, con lo que estás necesitando hoy”.

PAZ & DECO: UNA MISIÓN CON ALMA

Hoy Paz vive en Viña del Mar, ofrece asesorías presenciales y online, y sigue soñando con ampliar su alcance. “Quiero llegar a más personas. Quiero que el diseño deje de ser un lujo y se vuelva una herramienta para vivir mejor”.

Su propuesta no busca “embellecer” por cumplir, sino conectar, despertar, transformar. Y en ese sentido, su diseño es también una forma de sanación. “El diseño no es superficial cuando lo haces desde el corazón. Al contrario: es profundamente transformador”.

Y así, sin dogmas, sin fórmulas rígidas, Paz Orellana sigue creando refugios. Espacios que respiran contigo. Casas que hablan el lenguaje de la calma. Rincones que te invitan, como su voz, a quedarte un rato más.



@pazydeco



CUSTA

DISEÑAR CON LA VISTA Y LAS MANOS PUESTAS EN EL FUTURO

Entre tableros, herrajes y software de vanguardia, Custa abre un camino donde el diseño se vive y la fábrica se vuelve idea. Desde sus primeros pasos como taller artesanal hasta consolidarse con una planta de mil metros cuadrados, el proyecto se ha enfocado en devolver prestigio la fabricación en Chile. Nació para hacer muebles a medida, pero hoy impulsa una revolución silenciosa: profesionalizar el oficio, formar equipos y abrir puertas.

Perseverancia, visión y pasión describen el camino de Custa, un estudio de interiorismo y fábrica de mobiliario que ha logrado posicionarse en el creciente ambiente del diseño chileno. No es sólo la historia de una fábrica que creció desde el patio de una casa a una planta de casi mil metros cuadrados. Es, sobre todo, la historia de una transformación: la de un oficio que se profesionaliza desde adentro, con una mirada que pone a las personas y al diseño a la misma altura.

Custa no solo fabrica muebles. Custa construye equipos, abre espacios, desafía los límites de lo posible en la industria local. Y aunque hoy funciona como estudio, fábrica y espacio de desarrollo integral de proyectos, todo comenzó con una idea simple pero poderosa: hacer las cosas bien, con cariño, a medida.

“Partimos el 2018 en mi casa. Teníamos un showroom en Las Condes, vivía con mi hija en el segundo piso, y en el garage fabricábamos los muebles. Todo lo hacíamos ahí, de forma artesanal. Así nació Custa, con la idea de customizar, de hacer cosas únicas, a medida”, recuerda la diseñadora e ingeniera comercial Carolina Ulloa, fundadora y directora creativa de la empresa.

Desde entonces, el taller ha evolucionado en tamaño y en propósito. Pero hay algo que se ha mantenido intacto: la convicción como motor, y la pasión por dignificar un oficio que ha sido por mucho tiempo subvalorado en Chile.

EL INICIO: MADERAS, AUTOPISTAS Y ESFUERZO

“Me perdí en Santiago por todas partes”, dice entre risas la profesional nacida y criada Argentina, y que pasó buena parte de su adolescencia en Temuco.

“Entraba en una autopista y salía en otra. No conocía nada. Hacía de todo: diseñaba, atendía el showroom, buscaba materiales, hacía la contabilidad. Era brutal. Pero uno recuerda esos años con mucha alegría”.

El recuerdo del origen se mezcla con una nostalgia luminosa. Carolina no romantiza la precariedad, pero sí reconoce en esos días el germen de algo valioso: la voluntad de hacerlo todo bien, incluso sin saber todavía cómo.

La CEO de Custa encontró su lugar en el diseño de mobiliario casi por accidente. “Fue casual. Siempre me gustó crear cosas, pero empecé como ingeniera comercial. Después me reencontré con el diseño a través de la fabricación de muebles, y ahí no paré más”.

Ese patio, ese garage, fue un laboratorio. Allí se forjaron los primeros vínculos con clientes, los primeros aprendizajes técnicos y también las primeras intuiciones de que, para crecer, no bastaba con hacer muebles: había que profesionalizar el proceso. Había que cambiar la mirada.

“Custa fue fundada en 2018, pero yo ya tenía varios años de recorrido en el mundo los muebles...Custa es una reinención, eso primeros años en el garage fueron creando esta convicción de que debíamos profesionalizar el oficio, hacer las cosas bien”.



MÁS QUE MUEBLES: PERSONAS

El crecimiento de Custa no se mide solo en metros cuadrados o en tecnología incorporada. Para Carolina, el verdadero corazón de la fábrica está en su equipo humano. Ahí, dice, está el verdadero sello de la marca.

“Nosotros hoy día no solamente fabricamos o diseñamos. También acompañamos. Y ese acompañamiento es profundo, porque cuando haces un proyecto de interiorismo, especialmente en cocinas, entras a la intimidad de una familia. Y eso se tiene que hacer con respeto, con empatía y con profesionalismo”.

Cada persona que entra a Custa, ya sea al área de diseño o de fábrica, pasa por un proceso integral que va más allá de las habilidades técnicas e incluye pruebas psicológicas para comprender mejor sus perfiles. “Necesitamos construir un equipo que sepa convivir, trabajar en conjunto y relacionarse con clientes desde el respeto y la escucha”.

Ese enfoque humano se refleja en cada proyecto. Desde el primer contacto con el cliente hasta la instalación final, Custa opera como un cuerpo integrado, donde cada área conversa con la otra. “La experiencia del cliente no está separada del proceso interno. Todo está conectado. Y eso se nota”.

DE BODEGA A FÁBRICA: CUANDO LA VISIÓN SE EXPANDE

El primer gran paso fue pasar del garage a una bodega de 200 metros cuadrados. En ese espacio, que en su momento les pareció inmenso, Custa comenzó a tomar forma como proyecto colectivo.

“Ahí entendí que esto no era solo fabricar. Que no se trataba solo de hacer dinero. Entendí que el foco estaba en el humano, en el servicio. Empecé a trabajar con gente de mi edad, con ganas, que no se resistiera al cambio. Gente que entendiera que podíamos construir algo distinto”.

Ese cambio de escala vino acompañado de otro cambio, mucho más profundo: una nueva visión sobre lo que significa fabricar en Chile. Profesionalizar no era solo usar mejores materiales o tener procesos más eficientes, sino también formar personas, abrir caminos, romper estigmas.

“La industria de la fabricación de mobiliario en Chile está muy al debe. Estamos invadidos por el retail, por marcas extranjeras que lo hacen muy bien. Pero yo creo en la fabricación nacional. Creo que podemos estar a la altura de una industria europea o latinoamericana. Para eso, tenemos que elevar los estándares, formar equipos competitivos, y también cambiar los prejuicios”.



DISEÑO PARA LA VIDA

Más allá del rol de CEO, Carolina sigue involucrada en los procesos creativos. “Sí, sigo diseñando. Trabajo con un equipo, pero estamos todos muy conectados. Tomamos una idea del cliente, la desarrollamos, y la llevamos a cabo hasta el final”.

La relación con el diseño es vital. No se trata solo de estética, sino de una forma de pensar y vivir. “Para mí, el diseño es una forma de vida. Es una manera de observar, de resolver, de crear. Y creo que hoy en día el diseño se está abriendo más, está más presente en la vida de las personas”.

Por eso en Custa no existe un estilo único ni una línea estética predefinida. “Cuando tú hablas de customizar, estás hablando de crear algo para alguien. Y nosotros creemos en eso. No imponemos un estilo. Escuchamos. Acompañamos. Hacemos que las ideas de nuestros clientes o partners se concreten”.

TECNOLOGÍA, ALIANZAS Y NUEVOS HORIZONTES

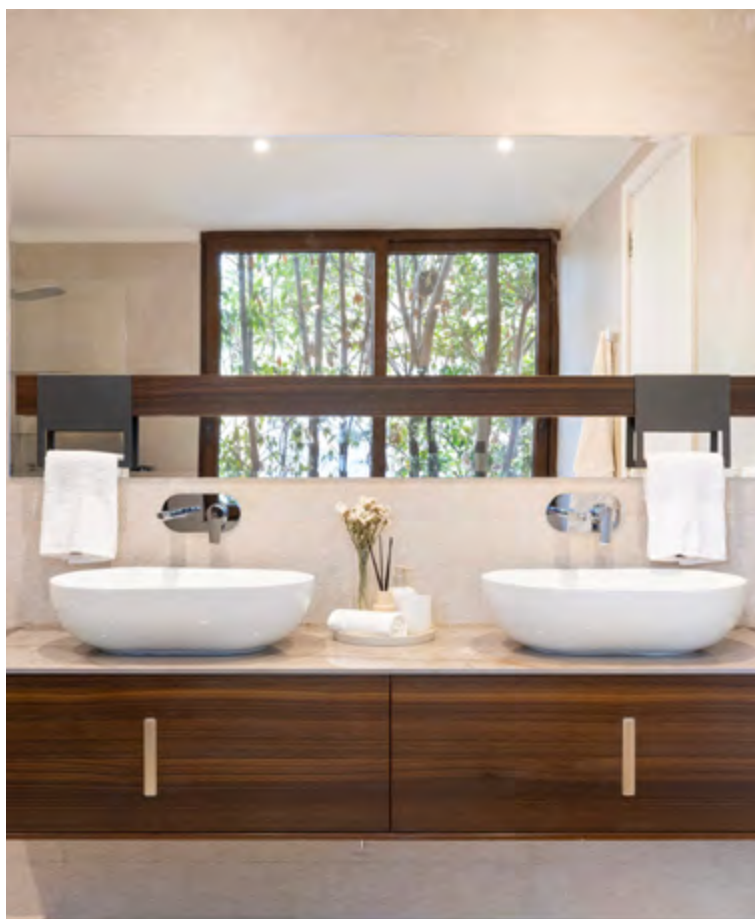
El paso más reciente fue grande. Muy grande. Custa se trasladó a una fábrica de casi mil metros cuadrados. Pero más importante que el tamaño fue lo que esta mudanza simboliza: un compromiso profundo con la profesionalización del oficio.

“Migramos a esta nueva ubicación porque necesitábamos espacio para nuevas máquinas, nuevas tecnologías, nuevos desafíos. Pero también porque queríamos abrir fábrica. Y abrir fábrica significa abrir las puertas”.

La idea es clara: que Custa se transforme en un espacio de aprendizaje, colaboración e intercambio. No solo para clientes y diseñadores, sino también para otros fabricantes que quieran perfeccionar su oficio.

En ese camino, las alianzas han sido fundamentales. Marcas como Häfele y Alvic se han convertido en socios estratégicos. “Partimos buscando soluciones a nuestras propias necesidades. Y eso nos llevó a descubrir productos de alta calidad, con los que hoy trabajamos directamente. Y no solo para nosotros, sino también pensando en ofrecerlos como soluciones a otros”.

La integración de estas marcas no es un simple complemento. Es una forma de asegurar que lo hecho en Chile pueda competir, en estándares y diseño, con lo que llega de fuera. “Queremos que nuestros muebles sean tan deseables como los europeos o latinoamericanos. Y eso se puede lograr con tecnología, buenas alianzas y una visión clara”.



SERVICIOS DE CUSTA: DISEÑO, FABRICACIÓN Y ACOMPañAMIENTO PERSONALIZADO

El trabajo en Custa se estructura en etapas definidas, colaborativas y orientadas tanto al usuario final como a sus partners estratégicos. El proceso abarca desde la evaluación inicial del proyecto ya sea una remodelación integral o la fabricación puntual de mobiliario hasta el diseño personalizado, la fabricación, la instalación y el servicio postventa.

Esta forma de operar permite a Custa acompañar no solo a clientes finales, sino también a arquitectos, diseñadores y fabricantes, entregando soluciones técnicas, asesoría especializada y soporte continuo en cada etapa.

Cada proyecto cuenta con garantías diferenciadas, que incluyen hasta 5 años en mobiliario fabricado por Custa y hasta 25 años en herrajes y componentes certificados por marcas internacionales como Häfele.

En resumen, sus principales servicios son:

- Diseño integral de interiores y soluciones de mobiliario personalizado.
- Fabricación nacional a medida, con altos estándares de calidad, precisión técnica y tecnología avanzada.
- Acompañamiento en obra, instalaciones y remodelaciones, según los requerimientos de cada proyecto.
- Asesoría experta en materiales, acabados y selección de herrajes, en función de criterios técnicos y estéticos.
- Servicio de postventa con garantías de hasta 25 años.



FUTURO ABIERTO

En medio de todo este crecimiento, una nueva idea empieza a tomar forma. No se ha anunciado oficialmente, pero se deja entrever. Algo se está gestando.

“Estamos armando algo bonito”, dice Carolina con una sonrisa que no necesita mayor explicación. “Un espacio que va a permitir recibir a diseñadores, arquitectos, fabricantes... pero también algo que va más allá. Un espacio donde el conocimiento se comparta. Donde la fábrica se abra. Donde el diseño y la fabricación se encuentren”.

No hay fechas, no hay renders, no hay detalles concretos. Sí una promesa, una línea trazada con firmeza. Este showroom será una consecuencia natural del camino recorrido. Una extensión inevitable de una visión que no se detiene.

Es que mirando hacia atrás, Carolina no duda. Lo que más la enorgullece no es el tamaño actual de la fábrica ni los grandes proyectos realizados. Es la evolución. La de ella, la de su equipo, la de todo lo que han logrado construir desde cero.

“Soy una persona muy agradecida. Miro hacia atrás y digo: mira lo que hemos hecho. Hemos crecido no solo en lo material, sino también como equipo, como personas. Eso es lo más bonito”.

Y hacia adelante, el sueño es claro: que Custa se transforme en un referente nacional. Un lugar donde todos quieran trabajar, donde se aprenda, donde se valore el oficio y se reconozca su importancia.

“Me encantaría que el día de mañana la gente diga: yo quiero trabajar en Custa. Quiero aprender ahí, quiero crecer ahí. Me gustaría que dejemos atrás esos estigmas sobre los maestros, sobre las fábricas, sobre lo que significa fabricar en Chile. Y que nos reconozcan por eso: por hacer calidad, no cantidad”.

Caminando por la fábrica Carolina señala la luz entrando por los ventanales y reflexiona:

“Lo que hemos construido va más allá del espacio físico. Es una cultura, un oficio que se dignifica, un propósito compartido”.

Hoy, la fábrica es reflejo de esa convicción: que el buen diseño conecta con la gente, y que cada proceso importa. Aquí no existen fórmulas mágicas, sino un compromiso profundo con la calidad y el cuidado humano.

Si estás soñando con una cocina que integre estética, funcionalidad y carácter, un closet adaptable que evolucione en el tiempo, o un interiorismo hecho a tu medida, Custa abre las puertas a una experiencia completa. Un espacio creado para ti, diseñado pensando en tu día a día, fabricado desde el respeto por el oficio.



MONO

DESIGN

PIEZAS QUE HABLAN EN VOZ ALTA

Una marca joven, osada y cercana que convierte tu casa en un reflejo de ti.



Hay lugares que simplemente irrumpen en la escena creativa con una vibra propia. Espacios donde el diseño se siente más como una declaración que como una tendencia. Así es Mono Design, el estudio fundado por Antonia Rivera, una joven creativa que decidió salirse del molde, dejar la carrera de arquitectura y lanzarse a crear una marca que respira libertad, osadía y estilo. “Mono es mi universo”, dice entre risas. Y tiene razón.

Cada cojín, cuadro, lámpara o asesoría decorativa que sale de su estudio es un pedacito de esa mezcla entre intuición visual, amor por el detalle y un lenguaje propio hecho de texturas, collages y personalidad.

Collages digitales, pandemia y una idea que creció sin permiso. Todo partió en pandemia, como tantos proyectos que nacieron desde la pausa y el encierro. Antonia estudiaba arquitectura, pero se lanzó a emprender.

"Siempre me gustó el interiorismo y comencé haciendo collages digitales por hobby", recuerda. Trabajaba con interioristas, diseñaba, exploraba, y sin querer fue afinando el ojo. "Siempre tuve facilidad con el diseño digital, y en un momento me dijeron: '¿Por qué no vendes esto?'".

Y así fue. Sus collages empezaron a circular, primero como arte, luego como producto. Pero el verdadero giro vino cuando pensó en imprimirlos sobre tela. "Partí con cuadros, después se me ocurrió hacer cojines y ahí explotó todo. Fue muy bien recibido, a la gente le gustó de inmediato, les pareció distinto".





COJINES CON PERSONALIDAD (Y CON HISTORIA)

Los cojines se transformaron en la punta de lanza de Mono Design. “Son piezas con onda, con color, con carácter. Nada de lo típico”, enfatiza Antonia. En un mercado donde abunda lo neutro y lo “Pinterest friendly”, ella apostó por lo contrario. “A mí me encantan los colores fuertes, las ilustraciones originales, la naturaleza, pero desde un lugar más jugado. Lo mío no son los colores pasteles ni las cosas básicas. Me gusta hacer cosas con personalidad”.

Lo que distingue sus piezas no es solo lo visual, sino también lo táctil. Las telas son seleccionadas con pinzas, la impresión es de calidad y —detalle no menor— se realiza en imprentas que cuidan el medio ambiente. “No es llegar y producir. Me importa la calidad. Todo está pensado”.



DISEÑOS A MEDIDA: SELLO EN EXPANSIÓN

Uno de los pilares de Mono Design es la personalización. “La mayoría de mis clientes no quiere lo mismo que todos. Me piden cosas únicas, hechas a medida para su espacio, su estilo, su casa en la playa, su perrita, lo que sea”. Y aunque Antonia tiene una estética muy definida, también se permite jugar con los gustos ajenos. “Obvio que hay veces que me piden algo que no me encanta, como la cara de un perro en un cuadro. Pero siempre trato de llevarlo a la onda de la marca. Hay flexibilidad, pero sin perder identidad”.

Esa disposición a trabajar mano a mano con cada persona ha generado una comunidad de clientes que valoran el sello Mono Design, pero también el trato cercano. “Yo no soy una marca que vende y se va. Me involucro. Quiero que las cosas queden bien, que encajen con la persona que las compra”.

OBJETOS CON ALMA (Y SIN LÍMITES)

Cuadros en tela, cojines, textiles y accesorios de mesa, lámparas... Mono Design no se queda en un sólo formato. La creatividad de Antonia va mutando, y sus productos también. “Las lámparas nacieron de una colaboración con Manos de Grez, una marca de cerámicas. Me encantó explorar desde ahí. Me gusta trabajar con otros, sumar miradas”.

El futuro ya está en marcha: Además de fabricar ha importado algunos elementos, como pantallas, para dar nuevos aires y al mismo tiempo está desarrollando una línea de mesa con individuales, caminos de mesa y servilletas, y sueña con crear kits de cama completos: pieceras, cubrecamas, cojines. “Hoy vendo los cojines sueltos, pero quiero ofrecer experiencias completas. Que todo combine y haga sentido”.

NO SOLO OBJETOS, TAMBIÉN ASESORÍAS

Si hay algo que distingue a Mono Design es que no se queda solo en el producto. También ofrece asesorías en decoración, muchas de ellas a distancia. “Lo que más hago es asesoría online. Me mandan fotos, yo doy ideas, hago propuestas. Es algo más casual, pero muy útil para quienes no saben por dónde partir”.

Para quienes buscan algo más integral, también existe la opción presencial. “Ahí sí se va al espacio, se acompaña más a fondo. Lo más reciente fue el boom de las terrazas personalizadas. Hacerlas a medida, elegir telas, componer un estilo. Es algo que no todas las marcas hacen”.

Y aunque esta faceta aún no está tan visibilizada en su Instagram, es parte fundamental de su trabajo. “La mayoría llega por los productos, pero cuando se enteran de las asesorías se enganchan. Es como un plus que termina marcando la diferencia”.



COLABORAR, CREAR, CRECER

Para Antonia, lo colaborativo no es solo una estrategia, es una forma de trabajar. “Me encantaría seguir haciendo productos con otras marcas, con ceramistas, con ilustradores, con gente que tenga una propuesta diferente. Lo que busco es que Mono Design se mantenga fresco, creativo, abierto”.

Y eso también se refleja en su manera de emprender. A pesar de las dificultades iniciales, logró crecer. Se ganó el Capital Semilla, participó en el Bazaar ED y hoy proyecta una tienda física de decoración. “Mi sueño es tener un lugar grande, con muchos productos, donde el estilo de Mono Design se respire en cada rincón”.

MÁS QUE UNA MARCA, UN MOOD

Mono Design no es una tienda online más. Es una experiencia estética que mezcla humor, color, detalle y estilo. Cada pieza tiene un sello, pero también una historia. Cada asesoría parte de una escucha real. Cada rincón diseñado por Antonia tiene algo que vibra distinto.

“Yo quiero que tu casa hable de ti”, dice. Y eso es exactamente lo que logra. Un cojín no es solo un cojín. Una lámpara no es solo una lámpara. Es diseño con intención, con juego, con emoción.

Quienes buscan salir del molde, aquí tienen su lugar.



[mono.design.cl](https://www.mono.design.cl)





A woman with long brown hair, wearing a white blouse and blue jeans, is sitting on a chair in a bar or restaurant. She is smiling and looking towards the camera. The bar counter in front of her is illuminated with a warm orange light. On the counter, there is a rack of colorful coasters, a small black device, and a smartphone. In the background, there are shelves with various items and a large potted plant.

ROSITA ECHEVERRÍA

CALIDEZ HECHA ESPACIO

Hay espacios que nos acarician. No por lo que muestran, sino por lo que despiertan. Rincos donde el silencio es más tibio, los objetos cuentan historias y las texturas invitan a quedarse. Eso es lo que logra Rosita Echeverría: diseñar desde la emoción, desde la escucha, desde una intuición que sabe leer cuerpos y biografías.

“A mí me gusta mirar, entender, ver qué pasa con la luz, con los hábitos de las personas...”, dice. Más que una decoradora, Rosita se ha transformado en una autora de atmósferas, una diseñadora de hogares que se parecen a quienes los habitan. “Lo que más me importa es que el espacio les dé felicidad. Que les den ganas de quedarse.”

UNA VOCACIÓN QUE SIEMPRE ESTUVO ALLÍ

“Siempre me gustó esto, desde muy chica. Pero la vida me llevó primero por otro camino”, cuenta Rosita, que estudió Ingeniería Comercial antes de decidir dedicarse al diseño. “Estudí diez años piano en la Escuela Moderna de Música.

Estuve muy vinculada al arte desde siempre. También viví fuera: en Canadá, en Inglaterra. Ver otras culturas, observar cómo se vive en distintos lugares, fue parte de mi formación, aunque no lo supiera en ese momento.”

Ese recorrido, lejos de alejarla, fortaleció su sensibilidad estética. “Un día simplemente decidí estudiar lo que me apasionaba. Y así empecé. Primero vinieron los pilotos, los encargos, y de a poco se transformó en lo que es hoy.”

DISEÑAR ESCUCHANDO

Rosita no llega a un lugar imponiendo un estilo. “Mi trabajo parte de una conversación. Necesito entender quién vive ahí, cómo se mueve, qué le gusta. Muchas veces me dicen: ‘Esta salita no la usamos, no nos gusta’. Y desde ahí empieza el trabajo: ¿cómo transformamos ese espacio para que quieran estar en él?”

El diseño, para ella, es una herramienta de bienestar. “No se trata de poner cosas lindas. Se trata de transformar. De hacer que un lugar mejore la vida cotidiana.” Y ese proceso, dice, solo es posible si hay confianza. “Mis clientes saben que yo los voy a acompañar en todo. Desde el primer dibujo hasta que instalamos el último detalle.”





UN ESTILO PROPIO, SIN IMPOSICIONES

Más allá de la notable capacidad y talento con el que se adapta a los requerimientos y necesidades propias de cada cliente, Rosita tiene una mirada, una marca y un sello reconocible que traspasa el lienzo proyectivo.

“Me gusta mucho el estilo contemporáneo. Es armónico, mezcla lo moderno con lo atemporal. Y me encanta sumar piezas antiguas, heredadas o encontradas, que

le den carácter al espacio.”

En sus proyectos conviven líneas limpias, materiales nobles y algún elemento que irrumpe con delicadeza. “Uso muchos tonos neutros: beige, tierra, negro. Pero siempre me gusta dar un toque de color. Un sital verde, un textil celeste, algo que atraiga la vista.”

El equilibrio entre sofisticación y calidez es una constante. “Me interesa que el espacio se vea bonito, claro. Pero más aún que se sienta acogedor.”

MUEBLES QUE NACEN DEL LUGAR

Uno de los sellos de su trabajo es el diseño de muebles a medida. “No trabajo con catálogos. Cada mueble que hago es pensado para ese lugar y para esas personas. No hay dos iguales.”

El proceso parte, nuevamente, desde la observación. “Quiero saber para qué se va a usar, qué objetos va a contener, cómo es la rutina de quienes lo van a habitar. A veces tienen piezas maravillosas que han traído de sus viajes, y el mueble se diseña para lucirlas.”

Le gusta trabajar con chapas de madera natural, con barnices mate, con tonos como el negro, el chocolate amargo, los grises suaves.

“Cada material tiene una expresión distinta. Un mueble para un dormitorio de adolescente no puede ser igual a uno para un comedor familiar. Todo habla.”



MIRAR CON PROFUNDIDAD

Su sensibilidad se extiende también al arte y la iluminación. “Un muro sin un cuadro está incompleto. Un buen cuadro le da peso al espacio. Lo mismo la luz: puede cambiar completamente la sensación del lugar.”

Por eso, acompaña a sus clientes en cada decisión, desde lo más estructural hasta el último objeto. “La decoración no es un adorno. Es una herramienta para construir bienestar. Lo que busco es que cada espacio tenga alma.”

UNA EXPERIENCIA SENSORIAL

Rosita habla de la experiencia sensorial con naturalidad, como quien ha cultivado el hábito de observar. “Me gusta entrar a un espacio y sentirlo. Olerlo. Escucharlo. Ver cómo entra la luz. Me fijo en todo.”

Esa atención se traduce en procesos profundos y colaborativos. “Diseño los muebles, selecciono las telas, los tiradores, los colores. Trabajo con talleres que conozco hace años. Me involucro en la fabricación. Me gusta estar ahí, mirar los detalles. Y por supuesto, estoy en la instalación final.”

Ofrece proyectos de interiorismo integrales, pero también asesorías específicas y colaboraciones con otros decoradores.

“Trabajo mucho con colegas que me piden muebles para sus propios proyectos. Me encanta colaborar. Compartir miradas.”

En su cuenta de Instagram, @rositaecheverriadeco, se puede ver el resultado: mesas largas donde apetece quedarse, livings luminosos, dormitorios que invitan al descanso. Pero sobre todo, se percibe algo más: un cuidado amoroso por cada rincón, una búsqueda de equilibrio entre la estética y la vida cotidiana.





PROPÓSITO Y PASIÓN

“Siempre he sentido pasión por esto. Amo lo que hago”, dice. Y su voz se vuelve más cálida cuando habla del efecto que busca: “Mi propósito es que el cliente entre a su espacio y diga: ‘Qué rico estar aquí’. Que le guste tanto que no quiera salir. Que lo disfrute.”

Más allá de estilos o tendencias, lo que Rosita diseña son refugios emocionales. Espacios que se vuelven cómplices de la vida cotidiana. En tiempos donde habitamos de otra manera, su propuesta se vuelve especialmente relevante: no como un lujo, sino como una forma de cuidado. De pausa. De conexión.

“Cuando un cliente me dice emocionado: ‘Te pasaste’, y veo que se queda ahí, contento, feliz... ahí siento que todo valió la pena. Que estoy exactamente donde tengo que estar.”



[rositaacheverriadeco](https://www.instagram.com/rositaacheverriadeco)

SOLE CORREA

LA CERAMISTA DEL SILENCIO

Desde Chimbarongo, Soledad Correa crea piezas silenciosas y conmovedoras que abrazan la contemplación y la belleza de lo esencial. Entre placas de gres y cenizas volcánicas, esta artista transforma el barro en un lenguaje sutil y poético que invita a detenerse, contemplar y sentir.



A llí, donde la vida se aquieta, en Chimbarongo, a unas tres horas al sur de Santiago, el tiempo corre distinto. Las estaciones se sienten en los árboles, los días empiezan con luz y con viento, y el silencio no es vacío, sino presencia. Hace treinta años que Soledad Correa —Sole, como todos la llaman— dejó la capital para echar raíces en este rincón rural, donde se construyó una vida en familia, rodeada de campo, hijas e hijo, masas, costuras y ahora, de barro.

"Siempre había tenido una conexión con el trabajo de las manos", dice. Fue la banquetería, en un principio, su camino de expresión. Un trabajo intenso, lleno de éxitos, pero también de agotamiento. "Me iba bien, pero yo básicamente no era feliz", recuerda. La cerámica llegó de forma casi mágica: un balde heredado, unas herramientas olvidadas, y una intuición que se volvió certeza. Desde la primera clase, desde la primera taza: "No necesito seguir buscando. Esto es lo mío y a esto me quiero dedicar el resto de mis días".

En su casa-taller, donde se respira calma y se oyen las aves que cruzan el cielo abierto, Sole da forma a una obra que habla bajito, que no busca impresionar, sino tocar el alma. Barro cosido, placas unidas como mantas, formas que danzan sin ruido. Así se va desplegando su mundo: un universo de contemplación, silencio y belleza serena.

SANAR CON LAS MANOS

La historia de Soledad con la cerámica no comienza en un aula ni en un taller, sino en una herida. Después de años en la banquetería, sintió que su alma se había llenado de ruido. "No conectaba, era todo tan superficial. Y yo necesitaba otra cosa. Algo más profundo, más íntimo". La cerámica llegó como una forma de sanación.

Su entrada al oficio fue intuitiva, libre, sin expectativas. "Una amiga se iba a Santiago y me regaló su balde con pasta seca y unas herramientas. Me dijo: 'Yo creo que lo tuyo va por aquí'. Y le hice caso". Desde entonces, no hubo vuelta atrás.

"Metí las manos al barro y sentí que había llegado a casa. Sentí una felicidad profunda, esa sensación de chanco en el barro, literalmente", ríe. "Era como si siempre hubiera estado ahí, esperándome".



PLACAS, COSTURAS Y EL LENGUAJE PROPIO

El estilo de Soledad no surge de una fórmula, sino de su propio ritmo interno. De su necesidad de ordenar, de acomodarse, de no imponer. “Me gusta que mis piezas no suenen demasiado. Me gusta que se integren al espacio, que hablen bajo”. Así, comenzó a explorar con placas unidas, como costuras de un manto invisible.

“Yo soy cero costurera en lo práctico, pero acá en el barro coso, uno placas, y me siento completa. Se unieron dos mundos”. Cada obra de Sole tiene algo de manto, de abrigo. Y también de arquitectura delicada: geometrías puras, líneas limpias, tonos austeros. Silencio visual.

La perfección y el orden que la caracterizan también se hacen barro. “Soy muy meticulosa, muy ordenada. Y eso lo trasladé a mi obra. Quería que hablara de mí, sin decir nada. Que fuera silenciosa, pura, con pocos colores. Que no perturbe”.

INSPIRARSE EN LO COTIDIANO

La contemplación es su refugio. “Tengo una capacidad de detención impresionante”, dice con humor. Y es verdad: Sole se conmueve con la luz que entra en la tarde, con una hoja que cae, con la forma de una vitrina en Santiago. “La inspiración está todo el día, en todas partes. Yo me detengo y me asombro”.

No hay referencias concretas, no hay tendencias que seguir. Su obra se nutre del ritmo lento del campo, del movimiento del viento, del cruce de pájaros, del roce de las ramas. “Quiero que quien mire una pieza mía se detenga también. Que sienta. Que escuche sin oír”.

MANTOS PARA EL ALMA

Entre todas sus obras, hay una que guarda con especial cariño: los “mantos mortuorios”. El nombre puede sonar frío, pero la historia que los envuelve está cargada de amor. “Fue cuando mis hijos se fueron de la casa, después de la pandemia. Se fueron tres al mismo tiempo, y yo sentí una especie de muerte familiar. Necesitaba cobijarlos de alguna manera, aún desde lejos”.

Así nacieron estas piezas de porcelana, como mantas simbólicas. No están hechas para usarse, sino para abrazar. “Son piezas que no he vuelto a replicar. Eran tan personales, tan del momento, que quedaron únicas”.

Y así es su obra: íntima, emocional, conectada con los ciclos de su vida. Hecha para sentir, no para mirar de paso.







EL SONIDO DEL BARRO

Donde vibra lo que no se dice. Aunque la obra de Sole Correa parezca callada, hay en ella una música sutil, una vibración que viene del alma. El silencio de sus piezas no es mudo: es resonancia. Un eco leve de todo lo que no necesita ser dicho. “De los sonidos, es algo que me apasiona”, confiesa. “Encuentro que en todas las horas del día hay algo que suena. El viento, los pájaros, las hojas. Uno pasa por un árbol y hay una sinfonía”.

En sus obras, esas notas se traducen en formas suaves, ritmos visuales y repeticiones mínimas que evocan movimiento. “Quiero que la gente se siente frente a una pieza mía y sienta algo. Que escuche sin necesidad de oír”. El barro, que en otras manos puede ser materia tosca, en la suya se vuelve piel, membrana, aliento.

“Le doy al barro una nueva voz —dice—. Lo transformo en algo flexible, liviano, casi blando. Y eso es lo que me gusta: esa poesía. Que un material rígido se vuelva sutil. Que una forma simple produzca una emoción”. En su búsqueda, la repetición no es fórmula, es mantra. Cada placa, cada línea, se hace y se rehace como una plegaria muda, como una hoja que cae otra vez, pero distinta.

El sonido, en su obra, es también emocional. Como el eco del desapego, la dulzura de un recuerdo, el roce de lo que fue. “Los mantos que hice cuando mis hijos se fueron de casa... para mí fue como un duelo. Y quise que, aún lejos, sintieran el cobijo mío”. La cerámica, entonces, no solo se ve: se escucha. Con los ojos. Con la piel. Con la memoria.

FIDELIDAD AL ALMA DE LAS MANOS

Hablar de originalidad con Soledad Correa es hablar de ética, de respeto, de una manera de estar en el mundo. Para ella, crear es un acto íntimo, una forma de ponerse entera en cada pieza. Por eso, la copia —cuando es literal, sin transformación— le duele. “Las copias al principio me dolían profundamente. Me detenían. Me hicieron llorar”, admite con franqueza. “No podía creerlo. Porque una cosa es inspirarse, y otra muy distinta es copiar y pegar”.

Durante un tiempo dio clases de cerámica. Fue al comienzo, cuando aún estaba empezando y sus amigas la animaron a compartir lo que sabía. “Yo les decía: puedo hacer clases, pero hay muchas cosas que no sé. Vamos a aprender juntas. Y aún así, había una regla: en mi horno no se metía ninguna copia”. La premisa era clara: respetar el tiempo, el trabajo y la historia detrás de cada pieza.

“Cada obra lleva algo de uno. Lo que estás viviendo, el frío del día, el momento exacto. Eso es lo que le da valor y coherencia a una colección, a una trayectoria. Si haces una copia, te desconectas de ti. Y todo empieza a desarmarse”.

Para Sole, el arte no tiene que ver con lograr el aplauso ni con seguir tendencias. Tiene que ver con ser honesta. Con ser tú. “Yo no inventé la rueda. Todos tomamos inspiración. Pero cada mano es distinta. Cada gesto deja una huella. Por eso, ¿para qué copiar? Encuentro que es vacío. Prefiero mil veces una pieza imperfecta pero auténtica, que una perfecta y sin alma”.

Su consejo para quienes empiezan en la cerámica —o en cualquier oficio creativo— es claro y profundo: “Busquen su pasión. Y cuando la encuentren, cuídenla. No se miren al lado. No se comparen. No traten de parecerse a nadie. Porque cuando uno logra expresar quién es, las piezas hablan solas”.

LO QUE VENDRÁ

Hoy, Sole está experimentando con murales, adheridos a soportes rígidos. Nuevas formas de dar cuerpo al mismo lenguaje de siempre. "No busco lo novedoso, ni los colores intensos. Me quedo con mis tonos, mis cenizas volcánicas, mi ritmo".

No tiene grandes metas comerciales. No toca puertas. Todo ha llegado de manera orgánica. "Lo único que quiero es que mis manos me sigan acompañando. Que pueda seguir haciendo esto que me hace tan feliz. Para mí, los lunes son mejores que los domingos".

QUE EL BARRO NOS TOQUE

Cuando alguien se lleva una pieza de SoleCorrea, se lleva mucho más que cerámica. Se lleva una historia sin palabras, un instante detenido, una emoción hecha forma. "Espero que la sientan. Que se sienten, que observen, que escuchen en silencio".

Desde Chimbarongo, Sole le da al barro una nueva voz. Una que no grita, no presume, no impone. Una voz que se parece al viento entre los árboles, al calor de un manto, al amor que se queda incluso cuando los hijos parten. Una voz que permanece.





CASA COLOR

POR HOME ASSET

FRANCISCA CRISTI, FUNDADORA DE HOME ASSET, DA VIDA A UNA VIVIENDA DONDE EL ARTE Y LA PERSONALIDAD SE FUNDEN EN UNA PALETA VIBRANTE Y SIN MIEDO.

Desde pequeña, Francisca Cristi sintió que tenía un ojo para ordenar lo bello. Con apenas doce años, ya reconfiguraba espacios en su casa familiar y se lanzaba a pintar murallas, sin saber que años más tarde transformaría esa intuición temprana en oficio. Fundadora de Home Asset Deco, Francisca es interiorista formada en la escuela INNADI de Madrid, pero también periodista de profesión: una combinación que define su enfoque narrativo y sensible del diseño.

Su estudio, creado en 2018, se especializa en remodelaciones integrales, decoración y, especialmente, en interpretar los gustos y memorias de quienes habitan los espacios. “Para mí, cada proyecto es un mundo”, dice. Y en ese mundo, el alma del cliente no se decora: se revela.

Ese principio —el de diseñar desde la historia personal— se hace tangible en uno de sus proyectos más recientes: Casa Color. Ubicada en San Carlos de Apoquindo, esta vivienda fue intervenida de forma integral bajo un encargo inusual y

a la vez profundamente emocional: traducir los colores de una obra de arte en la atmósfera cotidiana de un hogar.

Rojos intensos, verdes vibrantes, turquesas, amarillos. Una paleta decidida, casi eléctrica, pero manejada con maestría. El proyecto, de 120 m², abarcó hall de acceso, living comedor, terraza y quincho, tres baños, dormitorio principal, walk-in closet y sala de estar. Una intervención completa, donde cada rincón fue cuidadosamente diseñado y ejecutado por el equipo de Home Asset.

“El punto de partida fue un cuadro que está en el living, una obra de la artista chilena Lourdes Naveillán”, cuenta Francisca. La pintura, llamada Ritmo Circular, fue el detonante cromático de toda la intervención. Los propietarios pidieron, literalmente, “una casa con los colores de ese cuadro”.

Un encargo preciso y valiente, que planteaba un desafío inmediato: “Debía lograr manejar esa paleta sin saturar. Me encanta trabajar con colores, pero lograr equilibrio en una gama tan intensa requiere precisión”, explica la interiorista.





DE LA ESTRUCTURA AL DETALLE

El trabajo contempló cambio de pisos, pintura general, instalación de papel mural, diseño y fabricación de mobiliario a medida, restauración de piezas antiguas, selección de cortinas y decoración personalizada. Un proyecto llave en mano, donde nada quedó al azar. “Fue un trabajo 100% personalizado y de finas terminaciones”, resume.

Uno de los espacios que mejor encarna el espíritu del proyecto es la terraza, que fue completamente techada y se diseñó en torno a un nuevo mueble en obra para la parrilla. Aquí los colores se expresan con libertad y cierto aire marroquí reinterpretado. “Usamos mosaicos, lámparas árabes, madera en mesas y cojines coloridos que dan vida a este espacio pensado para compartir”, detalla. El objetivo era claro: crear un lugar multifuncional, con comedor y lounge, donde los anfitriones pudieran recibir con soltura.

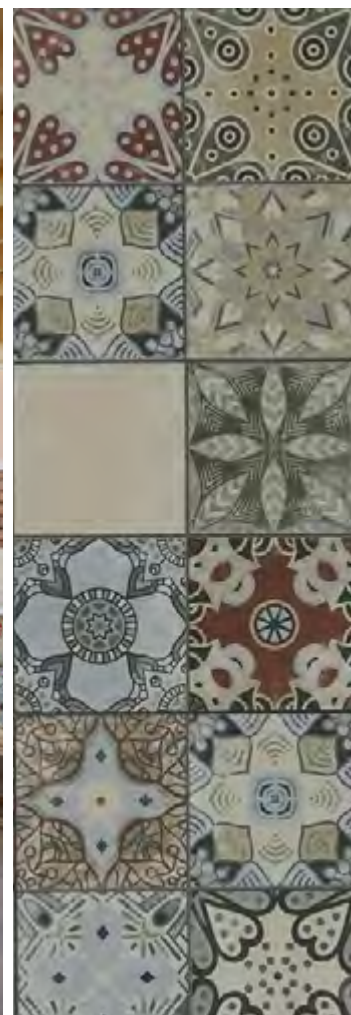
El living, sin embargo, se lleva el protagonismo técnico y emocional. No solo por la paleta vibrante que dialoga con el cuadro de Naveillán, sino por una solución de diseño que transforma

el espacio: un mueble a medida que integra una biblioteca y un piano que originalmente estorbaba entre el sofá y la puerta.

“Pensaron en sacarlo, pero les propuse hacer del piano el protagonista, porque la hija de los dueños toca. Lo encerramos dentro de un vano con un pequeño tabique, lo fabricamos en chapa de encina en dos tonos y con luces LED. Quedó hermoso”, dice Francisca. Es una pieza escultórica, funcional y simbólica a la vez.

Además, se diseñó un panel para reorganizar las obras de arte de la casa, dispersas hasta entonces. “Ella es amante del arte, pero tenía sus cuadros por todos lados. Reubicamos varios e hicimos un espacio para lucir obras de Roser Bru, Santos Guerra, Catalina Abbot, Nemesio Antúnez, Vitorio Queirolo y la misma Lourdes Naveillán”.

Para resolver la falta de asientos y potenciar la convivencia, se incorporó un sofá en L y dos siales, aumentando la capacidad sin perder fluidez espacial. Cada elemento —desde la disposición hasta la elección textil— fue pensado para dar armonía y vida.



COLOR, MEMORIA Y NOBLEZA

En cuanto a las materialidades, se priorizó lo noble: cuero, maderas naturales, lanas. “En el comedor pintamos un muro verde para hacer contraste con las sillas rojas, que restauramos y pintamos del mismo tono del mueble chino que ya tenía la dueña. Así se mantuvo su historia”, explica.

Se diseñaron mesas laterales con cubierta de cuarzo y se optó por textiles cálidos para el exterior, privilegiando la resistencia sin sacrificar estética.

Los baños también fueron renovados con un enfoque lúdico, incorporando revestimientos coloridos y pequeños muros en obra para organizar los jabones y champús. “El uso del color aquí fue muy medido, porque no son espacios grandes. La clave era lograr identidad sin sobrecargar”.

El hall de acceso —frecuentemente olvidado— también fue objeto de atención. “Ellos necesitaban ordenar esa zona, porque se acumulaban muchas cosas. Diseñamos un mueble zapatero en madera, con repisas, espejo, percheros y un papel mural celeste de fondo. Me encanta cómo quedó”, comenta Francisca.

Es un gesto funcional que también da la bienvenida con carácter.





UN LENGUAJE PROPIO

Si bien el uso del color es lo más visible, el mayor logro de Casa Color está en haber creado una narrativa espacial coherente, donde los muebles antiguos conviven con los nuevos, y la paleta vibrante no se impone, sino que se despliega con ritmo. “El mayor desafío fue integrar lo que ya existía con todo lo nuevo. Que conversara. Que se sintiera armónico”, confiesa.

Y en eso Francisca tiene una metodología única, donde la entrevista con el cliente —casi como si redactara un perfil periodístico— es clave. “Les pregunto qué les encanta, qué les carga, qué necesitan, y desde ahí construyo. No hacemos proyectos iguales a otros. Nuestros ambientes son únicos y reflejan la personalidad de quienes los habitan”, afirma con convicción.

En Casa Color, esa personalidad se expresa con fuerza. El resultado es un espacio que no solo es estéticamente audaz, sino también emocionalmente fiel a quienes lo viven. Como si cada objeto, cada tono, cada luz, hablara un idioma que es completamente comprensible para sus dueños.



ficha técnica

CASA COLOR

Año: 2025

Interiorismo: Francisca Cristi

Ubicación: San Carlos de Apoquindo, Las Condes, RM.

Área: 120 m2





UN HOGAR

HECHO A TU MEDIDA

Personaliza cada rincón y crea el hogar de tus sueños.

Casas prefabricadas:

- ✓ Rápidas
- ✓ Modernas
- ✓ Únicas.



VISITA SUCURSAL CONCEPCIÓN

Ruta 150, km 4 – camino a Penco
Región del Bío Bío, Concepción

Horarios

Lunes a Viernes: 09:00 – 19:00

Sábado: 10:00 – 19:00

Domingo: 10:00 – 16:00



+56 9 4043 3543